



Revista de los
parques
Medellín y su Centro

Siete parques, siete centros

Las ciudades van encontrando las plazas apropiadas para airear sus desgracias y sus galas. El encumbrado en el busto principal nunca logra imponer el orden que señalan las placas y los decretos. Las plazas obedecen sobre todo a los pasos y necesidades de los ciudadanos. Desde sus orillas ilustres los pueblos con ínfulas de ciudad van soltando sus mareas hacia los arrabales. Nuestras plazas fueron –y siguen siendo– la primera página de los diarios que no había, el patíbulo y el cuartel, el prostíbulo y la catedral, el puerto y el bar de bienvenida, el despacho de los comerciantes y la cueva de los especuladores. Hubo un tiempo en que más allá de las plazas solo rondaban los serenos y las brujas.

La plazuela que enmarcó La Veracruz sirvió para el anuncio de las alcabalas y “los exorcismos a plagas y epidemias”. Ahora es tierra de piratas. En la plaza de La Candelaria, más tarde Parque Berrío, filó José María Córdova a sus 300 soldados antes de la batalla de El Santuario. Para el Parque Bolívar, que no era más que una mangada con guayabales, higuerillos y borracheros, imaginó un inglés una “Nueva Londres”, y donó sus lotes sin imaginar que el diseño del rectángulo terminaría siendo francés. La retreta, el quiosco y el alumbrado eléctrico sirvieron para las primeras fiestas nocturnas. Las casas de los ilustres se fueron levantando alrededor de la verja de hierro traída de Europa. Era tiempo de que cambiaran los nombres de las calles; ya no más la calle del resbalón o la amargura, no más la esquina del ciprés o del guanábano.

San Ignacio antes fue cuartel de los estudiantes, y los curas llegaban y salían según el ánimo y el favor de los radicales. Hoy, tras décadas en las que transitaron por Ayacucho, con sus ruidos y polvorines, las principales rutas de buses del oriente de la ciudad, a la plazuela la acompaña por ese costado el ronroneo del tranvía, un nuevo gusano que cambió para siempre el paisaje de los ajedrecistas y colegiales que confluyen en la plazuela.

El Parque Berrío fue plaza mayor y feria de mercado. Allí se plantaron los toldos de los pulperos durante muchos años, primero los viernes y luego los domingos, según el genio de los comerciantes y la debilidad de los gobernadores, de modo que servía como salón de galas y galpón de ventas. Cuando el mercado se fue para los pantanos de Guayaquil, el Parque Berrío ya era un altillo para los bancos que se convirtieron en un nuevo púlpito, y los graciosos de la época decían que “el oro no estaba en las minas sino en el Parque Berrío”. Hoy Berrío se lo disputan los guitarreros de la guasca, la papayera sucreña y los solistas con parlante.

Los centros de barrio fueron novedad cuando la ciudad crecía hacia el oriente y el norte. El Parque de Boston, antes Sucre, con su estatua de Córdova y su grito silencioso mostró que los ritos de la periferia podían ser más ingenuos. Cuando poco se miraba hacia ese oriente pueblerino, lleno de mangas y escaso de gentes, ya en Boston estaban haciendo una iglesia, y gracias a ella los administradores de entonces llegaron hasta allá con una estación de tranvía. Han cambiado las razas de los perros, las atracciones mecánicas para los niños y la tecnología de la iglesia, pero la ronda al parque sigue siendo la misma.

Pero nada entregó tantas novedades, personajes y mitos como la plaza de la estación. Las plagas provocadas por sus pantanos hicieron que “el respetable” la llamara Guayaquil, en referencia a la ciudad ecuatoriana recién levantada, famosa por los estragos de la fiebre amarilla y el beriberi. Por momentos se alababa el gusto de su mercado cubierto, obra de un arquitecto francés de apellido Carré, pero a cielo abierto el clima y los perros callejeros hacían olvidar la gracia arquitectónica y con el tiempo no quedó más que decirle “pedrero” al mercado de piso desigual. Cuando llegó el tren la gente se olvidó de todo. Tanto que Francisco Javier Cisneros, el cubano encargado de abrir la trocha hasta Puerto Berrío, terminó por darle nombre a la plaza. Guayaquil fue también la escuela sórdida de la ciudad, el puerto seco donde florecieron las cantinas renombradas y las putas que desfilaban y desafiaban por igual. Además, la plaza se convirtió en escenario de las batallas políticas de la primera mitad del siglo XX. Político que no llenara la Plaza de Cisneros durante sus manifestaciones no podía llegar al Palacio de Nariño.

Guayaquil fue siempre una plaza sin iglesia; ahora tiene un templo aséptico lleno de libros, en lugar de la vieja y pantanosa plaza de antaño. Los edificios públicos la han convertido en una antesala de los ciudadanos que buscan un certificado, un número para el subsidio, un paz y salvo para el negocio. Las postales son la especialidad de esta plaza histórica que ahora es una escultura desconcertante.

Frente al Museo de Antioquia se demostró que en Medellín también se pueden demoler edificios con algún sentido. Encontrar espacio para un parque en el Centro no parecía posible. Ahora cuatro ceibas crecen entre los antiguos palacios de la gobernación y la alcaldía, que, aislados, se habían convertido en edificios para los libros sobre patrimonio.

El Parque San Antonio surgió sobre un antiguo cementerio de carros. Antes hubo allí un barrio de artesanos que soportó y animó la vecindad de Guayaquil y desapareció frente a la encrucijada que plantearon San Juan y la Oriental. Cuando llueve la explanada de San Antonio se hace más grande y se convierte en el lugar más solo del Centro. Un regalo de amplitud. Los sábados la colonia negra se encarga de la música y el baile de una ciudad todavía almidonada. Los dos pájaros del parque son la mejor de nuestras postales sin imposturas.

Los parques, que muchos ven como una concesión a quienes les gusta demasiado detenerse, marcan el ritmo de los ciudadanos, sus recorridos y sus afanes. Ellos, parques y gentes, están aquí. En esta revista el lector encontrará apartes de *El libro de los parques, Medellín y su Centro* de la Alcaldía de Medellín y *Universo Centro*, publicado en noviembre de 2013. Las crónicas, reseñas, historias y perfiles que se exhiben a lo largo y ancho de las 355 páginas del libro fueron adelgazadas para esta publicación especial, una guía de bolsillo, un mapa si se quiere, para no perderse de nada.

Revista de los parques

Versión editada de *El libro de los parques*, publicado en 2013. Proyecto de la Secretaría la de Cultura Ciudadana de Medellín, en coedición con *Universo Centro*.

Administración Municipal

Alcalde de Medellín: **Aníbal Gaviria Correa**
Secretaría Vicealcaldía de Educación, Cultura, Participación, Recreación y Deporte: **Alexandra Peláez**
Secretaría de Cultura Ciudadana: **María del Rosario Escobar Pareja**

Universo Centro

Dirección: Juan Fernando Ospina
Edición y corrección: Crealetras.com
Fotografías: Juan Fernando Ospina, Archivo BPP
Mapa: Daniel Gómez
Diseño y diagramación: Gretel Álvarez
Asistencia general: Sandra Barrientos
proyectos@universocentro.com
www.universocentro.com

Impreso en La Patria
22.000 ejemplares
Noviembre de 2015
Medellín-Colombia

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido, sin autorización escrita de la Secretaría General del Municipio de Medellín. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de características de la publicación, que puedan crear confusión. El Municipio de Medellín dispone de marcas registradas, algunas citadas en la presente publicación con la debida autorización y protección legal.

© Alcaldía de Medellín, 2015
© Derechos reservados de los autores para textos e imágenes, 2015

Distribución gratuita.



Alcaldía de Medellín





PARQUES

DEL CENTRO DE MEDELLÍN



- 1 PARQUE DE BERRÍO
- 2 PLAZA DE LAS ESCULTURAS
- 3 PLAZA DE CÍSNEROS
- 4 PARQUE DE SAN ANTONIO
- 5 PLAZUELA DE SAN IGNACIO
- 6 PARQUE DE BOSTON
- 7 PARQUE DE BOLÍVAR

Parque Berrío

Vitrina de novedades

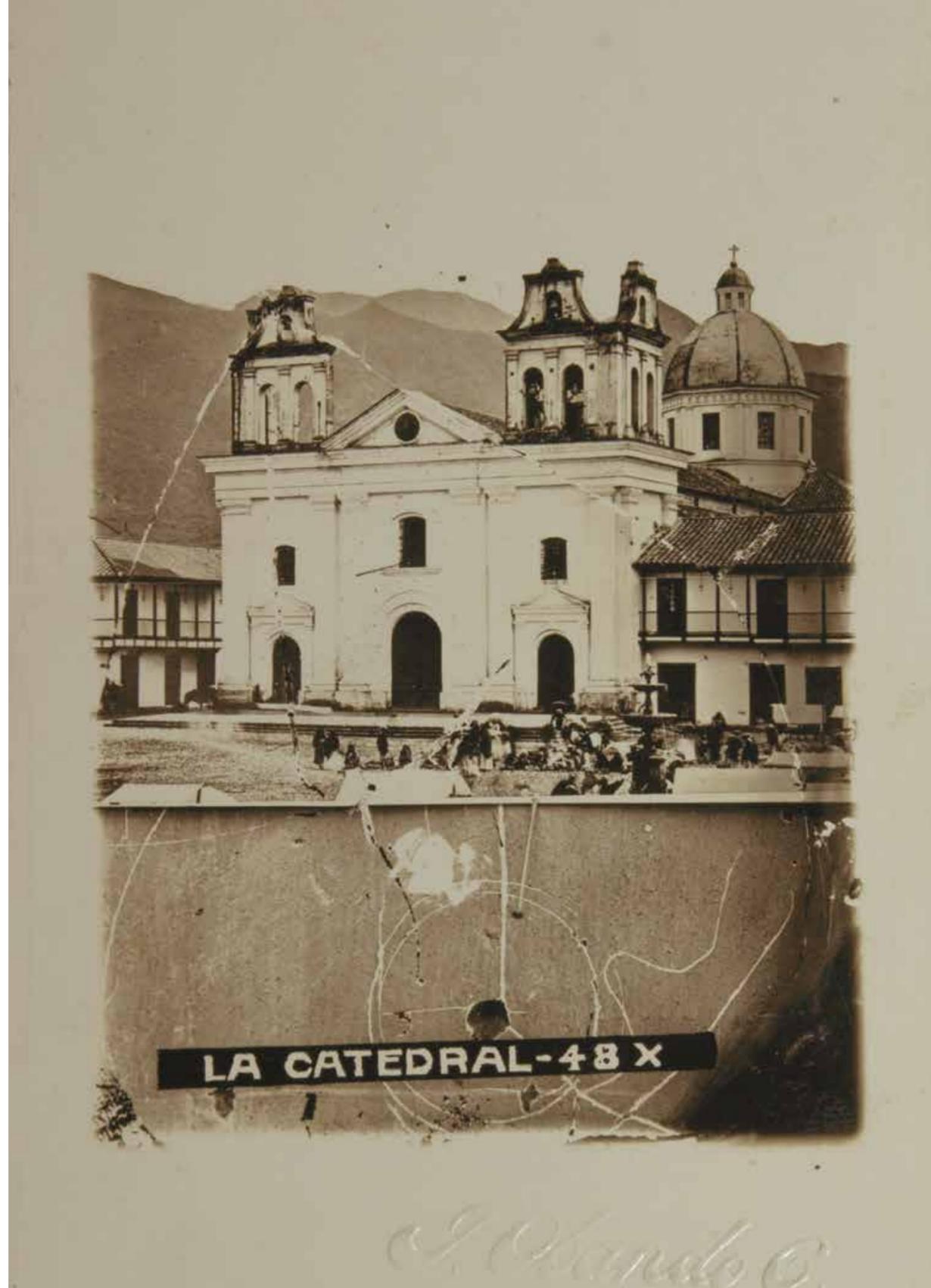
Durante mucho tiempo se dijo que Medellín era sobre todo una gran pesebrera, además de un hato envidiable para proveer de carne a las minas del Nordeste y un cruce de caminos en las rutas de la colonización. El comercio era entonces un futuro inevitable. En 1784 un bando oficial autorizó el establecimiento del mercado en la plaza mayor, “haciendo saber a la gente que cuantos tuvieran huevos, pollos, frutas, hortalizas y comestibles, podrían los viernes hacer mercado público en la plaza principal”.

En 1851 se mejoró el alumbrado público en las cuatro esquinas de la plaza. Se comenzó a usar una grasa más barata en los faroles, que se encendían desde las 8:30 de la noche hasta las 5:00 de la mañana. Además de la luz, era tiempo de que rondaran los serenos: algo había que guardar en los depósitos y comenzó el silbato de los celadores.

Pero la plaza no solo era una vitrina de comerciantes recién bajados del barco y tenderos recién llegados con sus recuas. También habitaban sus esquinas los ilustres de la política, la ciencia y la cultura. Mariano Ospina Rodríguez, presidente de la República entre 1857 y 1861, vivía en uno de los costados, cerca de la iglesia. Y Manuel Uribe Ángel, médico y sabio de la comarca, tocaba su puerta en otra de las esquinas. Las tertulias también se citaban en la plaza y sus alrededores. Los liberales llamaban con sorna “La Sinagoga” a la reunión azul en la botica de los Isaza, donde despachaba Pedro Justo Berrío sin saber que sería elevado a patrono civil del lugar.

Para finales de 1923, los bancos habían desembarcado en el Parque Berrío, que ya lucía los vagones del tranvía eléctrico y los buses traídos por Ricardo Olano.

En la década del setenta el Banco de la República reforzó el sello financiero y puso la cuota institucional en el parque. La ampliación de las calles había robado espacio, y Pedro Justo ya no era el imponente gobernador sino un pequeño muñeco aturdido e impasible. Las chocoanas que llegaban a Medellín para trabajar como empleadas del servicio escogieron la fuente del banco como su sitio de encuentro, y en septiembre de 1986 llegó “La Gorda” de Botero y le dio la estocada definitiva al pensativo Berrío.



• Basílica Menor de Nuestra Señora de La Candelaria, 1875.



1675. En la plaza mayor de la recién fundada Villa de Nuestra Señora de La Candelaria, en una casa ubicada en el costado occidental, se establecieron el cabildo y la cárcel. En ese entonces la plaza mayor era el sitio de llegada de las recuas de mulas y bueyes provenientes de Nare y otros lugares.

1784. Se estableció el mercado público en la plaza mayor; allí se encontraba de todo: hortalizas, granos, gallinas, cerdos, caballos, mulas, canastos, ruanas, alpargatas y sombreros.

1788. Por orden del corregidor Mon y Velarde se ornamentó la plaza mayor con una pila de piedra que suministraba agua limpia. Dicha fuente haría las veces de acueducto durante 67 años; la gente llegaba hasta la plaza con vasijas y tinajas para recoger el agua y llevarla a sus casas.

1891. La plaza principal dejó de ser el lugar para el mercado público; los toldos con productos fueron trasladados al mercado cubierto del Barrio Norte.

1895. Se inauguró la escultura hecha por el italiano Giovanni Anderlini y la plaza se convirtió oficialmente en el Parque de Berrío.

1922. A raíz de los incendios de 1912, 1916, 1917, 1921 y 1922 el costado occidental del parque fue ampliado, y las casonas de tapia y dos pisos que aún quedaban dieron paso a modernos edificios de estilo republicano.

1926-1927. Se remodeló el Parque con el fin de acondicionarlo para los automóviles. Se reemplazó el piso de piedra por uno de cemento, se retiró la verja de hierro, se levantó el pedestal del monumento a Pedro Justo Berrío, se eliminó el jardín y se conservaron los árboles más grandes.

1963. La ampliación de la carrera Bolívar se llevó parte del costado oriental del parque.

1995. El 30 de noviembre se inauguró el Metro de Medellín y empezó a funcionar la estación Parque Berrío.

1999. El 19 de marzo, en el atrio de la iglesia, tuvo lugar el primer “Plantón de las Madres de La Candelaria”, acto de protesta pacífico de las madres y familiares de personas desaparecidas por grupos armados.



Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria

Primera parroquia de Medellín. Inaugurada en 1776. La cúpula es de 1860 y las torres del frontis son de 1887. Fue catedral de la Arquidiócesis de Medellín entre 1868 y 1931. En 1970 recibió el título de Basílica Menor. Declarada Monumento Nacional en 1998.

De las millones de hostias que se fabrican al mes en este país de creyentes, practicantes, no practicantes y escépticos que dan gracias al señor, más de cien mil son entregadas en la parroquia de Nuestra Señora de La Candelaria. La más antigua de Medellín, la más representativa, la más central: el ombligo de la ciudad, enmarcada entre la calle 49 y la carrera 50, donde todo esto empezó.

A La Candelaria no le faltan fieles. Aunque no tenga su propia feligresía, esa población flotante que vive, trabaja o transita por el Centro no la abandona. Comerciantes, amas de casa, mensajeros, obreros, empleados, desempleados, todos devotos, llenan las bancas durante cada una de las 228 eucaristías que se realizan al mes, y hacen uso debido de la confesión permanente y de la comunión que esta parroquia ofrece sin necesidad de asistir a misa, en las mañanas, cada quince minutos.

La celebración de otros sacramentos es más bien escasa. Los bautizos, que a comienzos del siglo XX superaron el millar por año, pasaron a ser unos cincuenta en los últimos tiempos; los matrimonios, si mucho, alcanzan a ser cinco al año y las exequias son exiguas.

Pero no siempre fue así. Cuando Medellín aún era un pueblo, todo pasaba por La Candelaria. Las fiestas patronales eran el evento popular más importante, y a veces se extendían hasta por ocho días en los que no faltaban viandas, tabaco, aguardiente, chirimía y fuegos artificiales.

Otra fue la fiesta en 1838, cuando se instaló el reloj que ha marcado las horas durante años y que en su momento era el único que existía. Cuentan los cronistas que el montaje del reloj, donado por Tyrrel Moore, fue celebrado con música, cohetes y repique de campanas en todas las iglesias de la ciudad; en los días siguientes la multitud de curiosos se estacionaba en la plaza para ver girar los punteros y oír extasiada el toque de las horas.

Inquietud y regocijo similares generaron “Las Pascasias”, las campanas actuales, donadas por el empresario Pascasio Uribe. Según cuentan, don Pascasio las pidió a Nueva York con las siguientes especificaciones: una de veinticinco quilates con un peso de dos mil 500 libras, otra de veinte quilates y dos mil libras, y la tercera de quince quilates y mil 500 libras.

En su monografía histórica de esta parroquia, monseñor Javier Piedrahita dice que las campanas costaron 7.746 pesos y la instalación 500. Sonaron por primera vez el 1 de febrero de 1890, víspera de las fiestas patronales.

La Candelaria tiene otros motivos de orgullo. Su famoso sagrario, por ejemplo. Su estructura, hecha en plata labrada, fue premiada y admirada por los emperadores Napoleón III de Francia, Guillermo I de Alemania y Francisco José de Austria en la Exposición Universal de París en 1867. Vino a parar aquí gracias a que el padre José Dolores Jiménez lo compró, luego de que la Catedral de Arequipa, adonde estaba destinado, no pudiera pagarlo.

Hoy el sagrario sigue siendo admirado, junto con el altar frontal, también de plata, y el cuadro de la Virgen de La Candelaria donado por la reina de España, doña Mariana de Austria, en 1675, cuando Medellín recibió el título de villa.

Sin embargo, el que más devotos atrae es el Jesús Caído, ubicado en la nave izquierda del templo, justo al lado de la puerta del perdón. A esta efigie nunca le faltan las veladoras, los postrados y las peticiones.

Ciudad versus pueblo

El Parque Berrío todavía entrega su sombra de palmeras a cambio de la mierda inofensiva de las palomas. A simple vista, palmeras y palomas son lo único que le queda de parque de pueblo a esa casilla arrinconada del Centro de la ciudad, aplastada por el Metro, sitiada por los taxis, animada por el sermón de los vendedores de la pujante industria del porno local. Ahora el parque no es más que una modesta plazuela de paso coronada por un prócer empequeñecido ante la escala de los edificios y los hombres, de los buses y “La Gorda” de Botero.

Pero en los corrillos espontáneos que se juntan bajo los árboles se puede encontrar el Medellín más pueblerino, una increíble colección de montañeros que han elegido el ombligo maltrecho de la ciudad para cantarle a su pueblo perdido. Todos tienen los dedos gastados de rasgar las cuerdas y fumarse el cigarrillo hasta la última pavesa. Y ninguno de los tríos suma 32 dientes. Se agrupan según los alientos del día, las complicidades de la botella, los resentimientos de la última gresca. Van y vienen deshaciendo los tríos, conformando los dúos, completando los cuartetos, mientras el corrillo de desocupados los escucha con etílico entusiasmo. Un poco más atrás ronda la horda de tinteras, unas ofreciendo el termo, otras ofreciendo el trono.

Los más viejos hablan del ambiente de fiesta que fue creciendo, hace veinte o veinticinco años, alrededor de los carros de mercado que vendían cerveza, guaro, salchichón, cigarrillos. Poco a poco los músicos callejeros empezaron a acompañar el chirrido de esas cantinas ambulantes. Muy pronto los zurrungueros se hicieron indispensables, y lo que era una beba de cartas y alegatos frente a un carro ambulante se convirtió en baile y cantata. “En ese tiempo algún gracioso le puso el Parque Berrido”, dice una de las gargantas de vieja data.

Ahora, cuando los esplendores del Parque Berrío son imposibles de reconstruir desde la visual de Pedro Justo, después de que la ciudad decidiera sepultar su cuna bajo su gran orgullo, los personajes que se reúnen día a día para cantar y bailar sus cuitas hacen posible vivir en el pueblo de Cosiaca, Marañas, Lorita y demás vagos de ruana y pata ancha. Esa Medellín que baila a salticos en los corrillos del parque, que exhibe la mirada vidriosa de los jubilados sobre las putas jubiladas, que rebusca monedas invocando brujas y resuelve todas las discusiones con el refranero, es un sumidero privilegiado en la ciudad. Allí no solo hay una colección de lo más granado de los montañeros de la provincia, sino que también están los campechanos más rebeldes, los más bohemios, como todavía dicen en los pueblos. Intentan mezclarle algo de guitarra al palustre de la semana y no se dejan atortolar por el reguetón ambiente.

Oficios

El lustrabotas

Las guías turísticas aseguran que el cruce de Palacé con Colombia –la 50 con la 50– marca el centro de la ciudad. Insisten en que el Parque Berrío es el corazón de Medellín. En ese caso, este músculo padece una taquicardia sinusal. Corre al ritmo de taconeos, bramidos, guitarras y cornetas. Recibe el humo negro de las arterias taponadas por las que circulan buses y taxis, y el humo oscurece las hojas de los árboles. En cambio, estos producen oxígeno para quienes viven bajo su sombra, al pie de sus troncos. A pesar de las arritmias, el corazón no se detiene.

En este campo cardíaco los lustrabotas están en el ventrículo izquierdo. Oscar no conoce la especie ni ha visto florecer el árbol que eligió para estacionar su puesto de lustrabotas. Una vez le dijeron que podía vivir hasta 300 años. Lo prefirió porque sus ramas gruesas, cubiertas de hojas lanceoladas, lo protegen del sol. Descartó las palmas reales, que se elevan más de diez metros, porque sus penachos están poblados por una bandada de pericos que cagan y parlotean todo el día.

Había pasado una hora desde que lustró los últimos zapatos. Ya había leído el periódico del día y se había tomado el tinto de la mañana.

Simplemente esperaba en silencio que algún cliente llegara. Miraba los zapatos de quienes pasaban a su lado: algodón, lona, gamuza, cuero, charol, poliéster. Hace diecisiete años, cuando empezó a lustrar, estaban de moda los Tres Coronas color uva y café. Le iba mejor. Ahora hay mucho zapato moderno que no necesita más que agua y jabón.

Lustrabotas le parece mejor que embolador, esa palabra no va para nada con su estilo. Inventó una que sí: Lustrólogo de la Universidad de la Vida. La escribió con marcador negro en un bloque de Icopor, sobre el que reposaba un maletín ejecutivo surtido de utensilios ordenados según la categoría: tintas, brochas, grasa de potro, gamuzol y champú. En el bolsillo interno exponía dos recortes de periódico: una vieja nota titulada “El poeta del calzado” en la que aparece junto a su hijo mayor, que en ese entonces tenía seis años; y una opinión que les pidió un periodista a él y a otros dos lustrabotas, Harry y Henry, acerca del marcador de un partido entre Uruguay y Colombia. Los tres miran la cámara abrazados, sonríen.

El culebrero

Al atardecer el viento de agosto agitaba las ramas de los árboles. Las hojas más viejas se desprendían, arrastradas por la corriente. Trepados en un tulipán africano florecido, dos niños de unos siete años observaban a un culebrero que le soltaba su retahíla a un círculo de personas. Los niños se reían de las fotografías extendidas sobre el tapete rojo: penes deformados por herpes, rostros con malformaciones genéticas, mujeres con tres tetas. El culebrero los regañó dos veces.

–Mire caballero, esos varones que sufren de la presión, mucho cuidado. A este varón le sucedió allí en La Veracruz. Se tomó una cosa de estas y se llevó una dama. Al rato la joven creyó que el caballero estaba acabando, pero estaba acabando de morirse. Igualito a lo que le pasó al exalcalde de Envigado. Hay varones que son muy chicaneros. ¿Sí o no mamasota? Le dicen a una dama que la van a hacer sentir lo que es verdad. Hay una cantidad de mujeres que han tenido cuatro o cinco maridos o diez y veinte mozos y nunca han quedado así. ¿Sabe por qué caballero? Vea lo que dice Ana Lucía Nader, una de las mejores sexólogas que hay en Colombia; trabaja con J. Mario Valencia, a las nueve de la mañana en el programa Muy buenos días. ¿Y sabe qué dice ella? Que más de una mujer le dice: “Amo a mi esposo pero más gozo con el otro”.

Entre el público, Daniel miraba el recorte que sostenía el culebrero: una mujer desnuda de piel tonificada y bronceada, con las tetas grandes y redondas, montada sobre un tipo al que agarraba del pecho como si fuera el lomo de una bestia. Daniel tiene trece años, y ha pasado muchas tardes en el Parque Berrío acompañando a su mamá, vendedora de tinto, cigarrillos y cerveza. Le gusta escuchar a los culebreros porque lo atrapan con sus juegos de palabras; le gusta más que ir a estudiar.

–Y mire este varón. Con noventa años canta, baila y se casa con una joven de dieciocho. Vive en eterna relación sexual. ¿Quién? Un chino ojirrasgado descolorido pelo de chucha. Vea, en la China las mujeres le hacen fiesta al pene. Hacen monumentos como de un metro, lo cargan como un bebé y desfilan. ¡Que viva el pene, el dios de la fertilidad! Todos le rezan al órgano masculino. Aquí también le rezan: ¡Ay Dios mío, que se pare este desgraciado, que no me haga quedar mal! ¿Con qué se cuida el chino? La raíz con la que este chino se cuida se llama ginseng. El que no esté de afán regáleme cinco minuticos.

■



El venerable órgano de La Candelaria

El órgano de la iglesia de La Candelaria es venerable porque es el más antiguo que se conserva en la ciudad, traído en 1850 gracias al dinero que donó un rico a la parroquia a cambio de indulgencias. La idea era comprar un órgano acorde con las dimensiones y la importancia de La Candelaria, por entonces el principal templo de Medellín y de Antioquia, tierra abonada para la misa y el rosario.

Su construcción se encargó a la casa Walcker de Londres, y llegó por la ruta acostumbrada del Magdalena y las trochas para reemplazar uno modesto que habían construido los organeros jesuitas.

Lo que no está claro es si ese fue el órgano que se pidió a la Walcker. Según una versión, que algunos consideran leyenda, iba para otra ciudad pero por una confusión en los trámites terminó en Medellín. Una posible prueba de ello es su tamaño, que resulta mastodóntico para una catedral de mediano calado como La Candelaria. El caso es que la Walcker tuvo que dejarlo acá. Y así fue como La Candelaria quedó dotada con el órgano más grande y fino de cuantos hasta ese momento se habían importado al país, con quince registros de sonidos diferentes, dos teclados manuales y el pedalero.

En 1914 el órgano se refaccionó y se le adicionó el registro de la voz humana. En 1978 lo restauró Oskar Binder, quien no le modificó nada sustancial, de tal suerte que se conserva casi igual a como era hace 163 años. Una joya afónica, según el organero Francisco Serna, porque la refacción más reciente le dejó escapes.

■



Una calle real

La sopa de ahuyama más sabrosa del mundo se sirve en la calle Boyacá los jueves al medio día, en el restaurante Kaserol. El truco está en la crema de leche que flota en la superficie humeante y en el ripo de papas fritas. Es la 1:10 de la tarde, el restaurante está a reventar y las meseras van y vienen despachando pedidos. Conmigo está Tatiana, una preciosa chica que se prostituye en el atrio de la iglesia de La Veracruz y que aceptó venir a almorzar conmigo. Hace un momento, en el bochorno de la plazuela de La Veracruz, me topé con sus ojos seductores. Estaba de pie y esperando cliente en el paredón blanco de la iglesia. Me acerqué muy prevenido. Vestía una blusita de tiras, jean y la piel tostada por el trabajo al sol. Tenía el cabello negro y una rosa roja prendida en la oreja. Usted cómo se llama, preguntó, y tendió la mano. ¿Usted dónde vive?, yo no dejaba de mirarle los ojos destellantes. ¿Vamos a la pieza? Tragué saliva. Soy muy aseada y paciente, mi amor, yo no lo acoso. Hablaba con la ternura que despiertan la soledad y el hambre. ¿Ya almorzó? No mi amor, no he almorzado. Sin decirle nada más la cogí de la mano. Caminamos hacia Junín, al Kaserol, a comer esta sopa de ahuyama.

Salimos del restaurante al enjambre de vendedores ambulantes que hay en Boyacá, al lado de la iglesia de La Candelaria. A la derecha, tenderetes infestados de lociones, relojes, repuestos para el control remoto, libros, calcetines, correas y lentes de sol. A la izquierda, cerros de películas piratas. Tatiana y yo ojeamos despacio, cada uno en lo suyo, como si fuéramos turistas. Me voy a ver porno: jovencitas, anal, maduras, gais, prenatal, pies, faldas, profesoras, enfermeras. Un feligrés sale de la iglesia dándose la bendición y queda embrujado por un culo que sostengo en DVD. El hombre despierta del hechizo y se larga apenado.

Bajamos por Boyacá en dirección a San Benito. Pasamos por un lateral del Parque Berrío, almacenes Escape y Flamingo. Cuando pasamos al frente del Hotel Calle Real, Tatiana me hace señas. Entramos a la recepción iluminada como un consultorio médico. La recepcionista nos mira recelosa. La noche vale 41 mil, tiene agua caliente. La pieza donde trabaja Tatiana cuesta ocho mil. Mejor nos vamos pa'llá, le digo, y ella me aprieta la mano.

La esquina de Boyacá y Cundinamarca está ardiendo. Calor, gente, comercio, putas, buses, La Cascada, bares y residencias. Seguimos de largo. Boyacá es camaleónica. Antes chazas, iglesias, putas y almacenes de ropa, ahora muebles y electrodomésticos.

Tatiana entendió hace rato de qué va esto, así que se antoja y me empuja a la Galería Villa Romana, donde venden salas, comedores, alcobas. "Somos fabricantes", dice la entrada.

Después de la carrera Tenerife, Boyacá es un fresco pasaje peatonal con adoquines y sombras de árboles. Tatiana habla, habla y habla, pero mi atención está centrada en esta calle de tradición republicana: casas de dos pisos, fachadas amplias, puertas altas, ventanas grandes y tejados en arcilla.

La iglesia de San Benito es un palacio parroquial. Fresco, oscuro, viejo y solo. Tatiana se persigna. Hay un fuerte olor a incienso que me despierta los sentidos. Dos feligreses rezan frente a las veladoras. Nos sentamos en una banca larga y desolada. Nunca he sido religioso, no creo en curas ni oraciones ni ayunos. ¿Pero qué diablos tiene esta iglesia que me tiene conmovido? Tatiana ora con los ojos cerrados. La rosa en el pelo, las manos cogidas, los hombros tostados. Las imágenes de su trabajo y lo que vendrá cuando nos despedamos. Sigo su ejemplo y cierro los ojos. El silencio estalla en mi cabeza. El almuerzo, la caminata y el sol. Me despierto sobresaltado. Los pasillos están solitarios, una señora enciende un velón, un cura franciscano camina por el púlpito. Tatiana se ha ido. Las bancas de madera están desoladas. Tengo frío. Me dan ganas de fumar. Las chicas como Tatiana tienen la extraordinaria facultad de pasar la hoja, de no empelucarse. Si no fuera así, sería terrible para ellas enfrentar el día a día. Es una profesional. Es mejor así.



Plaza de las Esculturas

Un siglo entre dos palacios

Buena parte de la historia del último siglo de Medellín está archivada en cuatro manzanas entre las carreras Bolívar y Cundinamarca y la calle Boyacá y la Avenida de Greiff. La vida política y administrativa del siglo XX de la ciudad comenzó en ese lugar, en 1925 y 1932, con la construcción de dos palacios de gobierno. La transformación del primero en Palacio de la Cultura en 1987 y la conversión del segundo en Museo de Antioquia en octubre de 2000 marcarían el cambio de siglo.

A principios del siglo pasado, en las manzanas vecinas de la plaza mayor –Parque Berrío– estaban la iglesia de La Veracruz, la gobernación, el cuartel de la gendarmería y de la guardia civil, y la penitenciaría. Tras el traslado de las autoridades departamentales y municipales al Centro Administrativo La Alpujarra a finales de los ochenta, de aquellos edificios históricos solo conservó su uso original la iglesia. Y en lugar de gobierno, cuarteles y cárcel, ahora hay una plaza con veintitrés esculturas de bronce y dos palacios restaurados dedicados a la cultura.

El trasplante de corazón de la ciudad no se concretaría hasta 1987, cuando los políticos abandonaron definitivamente el Centro y se refugiaron frente a Guayaquil. Fue así como en 1988 el Palacio de Calibío pasó a ser el Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe, que hoy alberga el Archivo Histórico de Antioquia, la Biblioteca Carlos Castro Saavedra, la Fonoteca Hernán Restrepo Duque, el auditorio Luis López de Mesa, el Fondo Mixto, una galería de arte y un centro de restauración; y el Palacio de Carabobo se convirtió primero en central telefónica de Empresas Públicas y luego en sede del Museo de Antioquia.

Entre la iglesia de La Veracruz y el Palacio Municipal se instalaría en 1955 el Museo de Zea, fundado en 1872 en honor a Francisco Antonio Zea por Manuel Uribe Ángel, Antonio ‘Ñito’ Restrepo y el coronel Martín Gómez. El museo llevaba una vida discreta cuando en 1978 apareció Fernando Botero, un artista que había ganado fama internacional inflando escenas y personajes cotidianos de Medellín. Ese año le propuso a la ciudad hacer una donación de obras a condición de que el museo pasara a llamarse de Antioquia. Y así fue. En 1983 las autoridades de la región cerraron el primer trato con el artista, que más tarde daría paso al proyecto de renovación urbana con el que intentarían remediar el abandono del sector.

Al final del siglo, la demolición que traería ese pequeño tsunami urbano había dejado una explanada de 7.500 metros cuadrados en la que quedaron enterrados 207 inmuebles, entre los que estaban los edificios Emi Álvarez y Hausler Restrepo Hermanos, los centros comerciales Calibío y Luna Park, el local de Foto Garcés, una edificación con locales comerciales y un edificio sin inaugurar que había construido el Metro.



» Hotel Nutibara, 1942.



» Plazuela Nutibara, 1980.

1887. Se inauguró el “tranvía de sangre”, llamado así por ser de tracción animal. Este partía de la plazuela de La Veracruz y llegaba hasta El Edén (hoy Jardín Botánico).

1925. El belga Agustín Goovaerts comenzó la edificación del Palacio de Calibío o Edificio de la Gobernación. La construcción sería suspendida en 1929.

1932. Se reinició la construcción del Palacio de Calibío, que en gran parte estuvo a cargo del ingeniero y arquitecto Jesús Mejía. Cinco años después la creciente burocracia departamental sería trasladada al edificio aún sin terminar.

1933. La firma H. M. Rodríguez comenzó a construir el nuevo Palacio Municipal de Medellín, conocido siempre como el Palacio de Carabobo. Sería inaugurado en 1937, y un año después el artista Pedro Nel Gómez concluiría los 300 metros cuadrados de frescos que acordó pintar en el salón del Concejo.

1941. Comenzó la construcción del Hotel Nutibara, diseñado por el arquitecto norteamericano Paul R. Williams. Para dicha obra fue necesario cubrir la quebrada Santa Elena. Sobre ella se edificó una plaza para los jardines del hotel que luego empezaría a llamarse Plazuela Nutibara.

1966. Se terminó la fachada norte del Palacio de Calibío y se decidió dejar inconclusa la edificación.

1968. Fue remodelada la plazuela de La Veracruz. Las columnas que antes la rodeaban y que habían sido demolidas en 1887 fueron reconstruidas. También fue remodelado el monumento a Atanasio Girardot, obra de Francisco Antonio Cano y uno de los primeros bronce fundidos de Colombia.

2000. Se inauguró el Museo de Antioquia en el antiguo Palacio Municipal, restaurado entre 1995 y 1997.

2001. Se inauguró la Plaza de las Esculturas, con veintitrés piezas monumentales de Fernando Botero.



Iglesia de La Veracruz

Construida entre 1791 y 1803, fue elevada a parroquia en 1883. Casi cien años después, en 1982, fue declarada patrimonio cultural de la nación. Su fachada fue restaurada por la Fundación Ferrocarril de Antioquia en 2005.

Fue después de la llegada de un padre nuevo, en 2009, que en la parroquia de La Veracruz no pudieron volver a dormir los mendigos, ni a negociar las prostitutas, ni a hacer sus viajes los sacoleros, ni a meter mano en bolsos y carteras los ladrones. Entonces pudieron regresar los fieles verdaderos, los devotos de la iglesia, la comunidad limpia y ordenada de seguidores de Dios, sin temor al robo o al contagio moral.

Entre los transeúntes que volvieron a detener su marcha para orar o asistir a misa completa también están los miembros de las pocas familias que aún residen en los edificios del sector. Muchos buscan directamente al padre para que les bendiga estampas, medallas, rosarios, cadenas y, sobre todo, botellas de agua. Agua bendita para sanar y creer.

Aunque todos los santos de esta iglesia tienen su clientela, como es de esperarse en un templo que recibe casi veinte mil fieles al mes, es Jesús de la Buena Esperanza el que nunca está solo. Sentado a la izquierda del altar central, tiene un cetro en una mano y una cruz en la otra. A sus pies siempre hay hombres y mujeres que le piden, lo tocan, depositan monedas en el cofre, pegan una vela, se persignan y se van.

Son trabajadores, vendedores ambulantes, jubilados, vagos, enfermos y uno que otro loco. La mayoría van de paso, y pocos son los sacramentos que se suministran en La Veracruz: unos seis bautizos al mes y pare de contar, porque aunque en 2012 hubo setenta primeras comuniones, cuando el padre nuevo decidió cambiar el periodo de la preparación de seis meses a un año, ya nadie quiso inscribirse.

Pero La Veracruz tiene un encanto que va más allá de ese público variopinto y flexible que la frecuenta, y es ese aire de capilla de pueblo vacío que fue con el que nació. De hecho, a la primera edificación, que permaneció en pie entre 1682 y 1712, se le llamó Ermita de La Veracruz y sirvió para dar sepultura a los forasteros. Para 1803, cuando se terminó la construcción de la actual parroquia, tampoco era que hubiera cambiado mucho la cosa, pues Medellín apenas tenía diecisiete calles, 242 casas y seis iglesias.

Oficio

Los fotógrafos

En los años setenta los fotógrafos fueron a dar a la calle Bolívar, entre Pichincha y Ayacucho, donde hoy es Flamingo. Llegaron sin equipo y con nociones muy básicas de fotografía a pedir trabajo a los “planteros”, señores de laboratorios de revelado que compraban hasta diez cámaras. La novedad de la época era la Olympus Pen, una cámara de medio formato que duplicaba la película y podía sacar hasta setenta fotos. Eran los famosos telescopios, conos de plástico donde se insertaban las fotografías –diminutas– para verlas a contraluz y mágicamente ampliadas. Los telescopios costaban cuatro pesos, y el negocio consistía en cobrar dos pesos por tomar la foto y dos más por revelarla en el laboratorio, adonde el cliente llegaba con el recibo del fotógrafo.



Pero lo de Flamingo se acabó rápido y, ahorrado el capital para comprarse cada uno su cámara, comenzaron a repartirse los parques Berrío y Bolívar.

La Plaza de la Esculturas hoy se mantiene llena de venteros ambulantes, y entre ellos se escucha a los fotógrafos gritando: “Lleve la fotico a cinco mil, a dos mil, tres por diez mil”.

Los primeros fotógrafos empezaron a tomar fotos cuando todo era polvo y pantano, llevando clientes a las primeras esculturas que instalaron: *Soldado romano*, *Mujer*, *Rapto de Europa* y *Esfinge*; pero, dicen ellos, “el machete” fue cuando llegó el *Hombre a caballo* porque era la que los niños querían. Entonces tomaban fotos con Polaroid y cámara de rollo, y llegaban a vender hasta quince fotos a un mismo turista. Antes cobraban cinco mil pesos y hoy también, incluso menos, debido a la competencia y al auge de las cámaras digitales.

El sobrao de Dios

En los parques del Centro de Medellín la gente se acostumbró a ver a unos extraños sujetos vestidos con vaporosas prendas hindúes color azafrán y mechones en la coronilla, tocando tambores y platillos mientras bailan en ronda y cantan el Maha Mantra: *Hare krishna hare krishna, krishna krishna hare hare, hare rama hare rama, rama rama hare hare*; una conciencia que irradian desde el restaurante Govindas, en el segundo piso del edificio marcado con el número 52-17 de la calle Boyacá.

Me explicaron con amor universal los devotos de Krishna que el mechoncito se llama *sika*, la camisa *kurta* y el pantalón *doti*; las mujeres usan *saris*, largos lienzos que envuelven sobre sus blusas y enaguas. Que los tambores se llaman *mridangas*, y los platillos diminutos, *kártalos* o címbalos. Y que el Maha Mantra, además de liberar (*tra*) la mente (*mana*) con su vibración sonora y facilitar la meditación, como todo mantra, es el más grande (*maha*) de todos los mantras, según la tradición krishnaísta: el método sublime para revivir nuestra conciencia trascendental.

Govindas significa “el que da placer o gratificación a los sentidos y a las vacas”, y es el nombre de todos los restaurantes de la comunidad. En realidad es un *ashram*, un centro espiritual, que recuerda el valor místico del alimento: “Dime qué comes y te diré quién eres”. César es uno de los ejemplos que confirman la eficacia de la estrategia. Hace siete años, como estudiante de gastronomía, llegó para aprender cocina vegetariana. Ahora es un *bramachary*, un devoto que practica la

castidad, y su nombre es Bhajan. Para él fue fácil privarse de comer carne, huevos y pescado, y cumplir así uno de los cuatro principios con los que una persona puede aspirar a la iniciación en la conciencia de Krishna. Al reparar en su atuendo, la *sika* y el liderazgo que exhibe en las actividades devocionales, cabe suponer que también cumple los otros tres: no practicar sexo ilícito, no caer en juegos de azar y no consumir intoxicantes como droga, alcohol o tabaco.

“Hay tres modalidades del mundo material –me explica Bhajan–: la bondad, la pasión y la ignorancia; en cada una de ellas también entran los alimentos. Los de la bondad nutren el cuerpo y mantienen en equilibrio la mente; entre ellos están las frutas y las verduras frescas, los cereales, las semillas, los granos verdes o germinados, y la miel de abejas. Los de la pasión nutren el cuerpo, pero con el tiempo lo deterioran; ahí entran los alimentos muy picantes, amargos, ácidos o salados. Y los de la ignorancia enferman el cuerpo y desequilibran la mente, como la carne, el huevo, los alimentos fermentados y los estimulantes (café, té negro, vinagre y azúcar refinada, entre otros). Hay que comer alimentos de la bondad y también de la pasión; se recomienda comer los de la pasión al mediodía, y siempre comer despacio y sin llenarse”.

“Antes de ser servido en las mesas del restaurante, el alimento es ofrecido a las dignidades traídas desde la India”, indica Bhagavati. “Esa comida es el *sobrao* de Dios”, agrega Ranchor, un excelente traductor del sánscrito al país. El alimento ofrecido se llama *prasadam*, algo así como la misericordia de Dios con el poder de purificar a quien lo come.

Cuando apenas comenzaba el restaurante, Prabhu Ranchor pregonaba con un megáfono: “Bienvenido, venga aquí, al restaurante Govindas, donde encuentra deliciosa comida vegetariana que da duración a la vida, que da paz, tranquilidad; no coma carne, no coma cadáver, no coma mortecina”.

Todos los días, a eso de las cinco de la tarde, sale un grupo de devotos con sus *mridangas* y *kártalos* a tocar en alguno de los parques del Centro. Esta actividad hace parte sustancial del servicio diario del devoto. Elevar la conciencia de Krishna significa predicarla y cantarla en las calles, distribuir *prasadam* y compartir libros de la comunidad. La manifestación callejera de la fe los convierte en habitantes activos del Centro. Rompen el marasmo ruidoso de esta ciudad-pueblo, entregados al canto para forjar un remolino de energía que contagie a los transeúntes, los envuelva en el sonido de los címbalos



y los tambores y en la vibración del Maha Mantra. “No somos *hippies*, somos *happies*”, escribió el propio fundador, Swami Prabhupada.

Govindas ofrece uno de los panoramas más diversos de la ciudad, sobre todo en las horas del almuerzo, cuando en la fila las camisetas de grupos de metal y los pelos rastas se codean con camisas de cuello, saris y *kurtas*. Edades, rostros, pieles y atuendos desfilan frente a los samovares y bandejas con las sopas, ensaladas, croquetas, frutas, tortas de lenteja, y hasta tamales y pinchos vegetarianos. Pero el plato emblemático de Govindas siempre ha sido el arroz con leche.

La plaza de los muñecos

Son las tres de la tarde del sábado, un sol radiante domina el cielo limpio y la brisa agita las palmeras custodiadas por las putas del sector. Desde la terraza del Museo de Antioquia veo las esculturas de Botero y la gente que habita y cruza la plaza. En una de las zonas verdes sombreadas hay un par de novios abrazándose con las piernas. Al frente, un sujeto desarreglado de barba negra y larga alza los brazos al cielo, cierra los ojos y grita su amor por Jesús.

Más allá, un muchacho de gorra posa para una foto dándole un piquito pícaro al pubis de *Eva*. Dicen que acariciarle el pubis a una mujer trae buena suerte. Será por eso que el de *Eva* está brillante. La gente posa con las esculturas para las fotos. La Plaza de Botero se distingue de otros parques de Medellín porque tiene varios penes y vaginas al aire. Asépticos, lisos, esterilizados de todo vello púbico. El carácter público exhibido en el espacio público.

Desde aquí puedo ver la boca de Tejelo, la calle que da a la plaza Rojas Pinilla, un pasaje peatonal donde hay carnicerías, mercados, confiterías, licoreras, bares con vallenatos, rancheras y despechos a todo taco. Casetas de venta de verduras y pescado. Jugos y cacharros. Tejelo sigue oliendo a lo que olía antes: a alcantarilla, a bar, a verdura podrida, a herrumbre.

Sentado ahora en una banca de la Plaza de las Esculturas, tomándome un tinto que me vendió doña Rosa, veo a unos niños tirados en el piso, jugando a que están nadando. A mi lado está doña Rosa, sosteniendo su termo de tinto. Es gordita, viste una falda que le llega a las rodillas y chanclas que le dejan frescos los

dedos regordetes. Tiene el pelo reseco cogido en una moña. Está mueca pero sabe reírse sin mostrar los dientes faltantes. Antes, cuando le pedí el tinto y me quedé parado, me dijo: “Bien pueda siéntese acá conmigo y se toma su tinto tranquilo”.

Esta plaza tiene la cultura hiriente de la calle y la cultura trapeada del museo. Le pregunto si le gusta el Centro.

–Sí, claro, y el Parque de Gotero tiene mucho ambiente.

–¿Qué te gusta?

–Me gusta la gente, el ambiente... y los muñecos de Gotero –dice.

–¿Y qué te gusta de las gordas?

–El culito –dice maliciosa.

–¿Sí? ¿Y eso?

–Me gustan porque son muy suavécitos.

–¿Y cuál de los gordos te gusta más?

Doña Rosa le pasa revista a los muñecos.

–Me gusta ese –dice, y señala el *Soldado romano*.

–¿Y por qué te gusta?

–Porque tiene el pipí chiquito.

Cuando tenía siete años, los domingos en la mañana, mi mamá nos llevaba a mi hermano y a mí a la cafetería La Sorpresa, en toda la esquina entre Carabobo y la Avenida de Greiff. Allí, muy puntual, siempre estaba sentado mi papá, esperándonos. Con él íbamos a matiné al Teatro El Cid, al Odeón, al Junín, al Lido. O a escuchar la retreta en el Parque Bolívar. Mecatiábamos en La Sorpresa, en cuya lista de precios decía: “El que no conoce La Sorpresa, no conoce a Medellín”; o caminábamos mientras chupábamos cono. Ese fue mi primer contacto con estas calles, cuando no existía el Parque de las Esculturas. Pero esto no es un parque, sino una increíble telaraña multicolor que se adhiere al alma con aliento propio.

En 1993 cursaba séptimo grado y me tocaba coger el bus a todo el frente de La Red, un bar atendido por coperas que todavía existe, allí, delante del Café Botero. En el segundo piso había alcobas, y uno, sentado en la buseta a las seis de la tarde, veía subir a la nena cogida de la mano de un *man embambado*. En esa época todavía se podían usar bambas en el Centro a las seis de la tarde. Luego, cuando entré a la universidad y conseguí novia, iba



con ella al edificio Rafael Uribe recién dispuesto como Palacio de la Cultura. Y como se mantenía solo, los pasillos fantasmales eran todos para nosotros. Uno estudiando no mantiene plata ni para pagarse un rato en Residencias Rivoli. Luego, bajo el melancólico efecto, nos íbamos a mirar el Metro y la Plazuela Nutibara desde la terraza.

Mario Vargas Llosa dijo que los gordos de Botero carecen de sensualidad, porque notó que tenían los sexos pequeños. Dijo, además, que están sustraídos del tiempo, indiferentes. Yo creo por el contrario que la obra de Botero da esa sensación de equilibrio y paz hasta que vas y le pasás a *Eva* la mano por la entrepierna, lo que hace todo el que viene a tomarse una foto con ella. El mundo de Botero parece compacto y aséptico, pero no. La sensualidad de estas figuras está en sus carnes, en sus gestos, en sus poses. *Mano*, de 1992, por ejemplo, con el dedo índice levemente levantado en un plástico y discreto *fuck you*. Que los gordos se vean cerrados y limpios no quita que tengan un tremendo atractivo. *La Mujer con espejo* tiene esa tranquilidad del que se desnuda en la casa y hace el desayuno a cuero limpio. En ese acto desprevenido está su erotismo. Parece carecer de deseo, pero ahí está la trampa, porque nada más arrogante y seductor que la desnudez vestida de indiferencia.

El hotel de las estrellas

En su época dorada el Nutibara tuvo 300 trabajadores, ahora solo quedan cincuenta. Había escaleras en espiral, cocina, lavandería y un túnel que comunicaba el hotel con su filial de enfrente, el Express, ubicado sobre el casino de la calle 52. El glamour de las fiestas privadas, los grandes bailes de medianoche, las escenas de amor bajo las palmeras, los carros lujosos y



» Plaza de las Esculturas, 2013.

los banquetes se fue diluyendo entre mareas de humo y olor a cloaca. El Centro se volvió marginal y el Nutibara quedó en medio, atascado en un anacronismo, rodeado de casinos, moteles, ventas de celulares, discotecas, burdeles y tragaderos.

Sin embargo, el hotel conserva su majestuosidad, y muchas estrellas del pasado siguen alojándose allí, motivadas por los viejos recuerdos y por las visiones de un Medellín con tranvía y menos gente, más amable, más caminable, más californiano.

El Nutibara se inauguró el 18 de julio de 1945, aunque jurídicamente había nacido en 1938, en la Notaría Cuarta, como Compañía Hotel Nutibara S.A. Importantes empresarios antioqueños formaron parte del grupo de primeros dueños. En 1940 comenzó la obra, que quedó en manos del arquitecto Paul Revere Williams, nacido en Los Ángeles, famoso por haber construido las viviendas de estrellas como Frank Sinatra, Lucille Ball y Fred Astaire. Williams, un huérfano de origen africano, recomendó un suntuoso estilo californiano con balcones, arcos romanos, entejados inclinados, pisos y adornos en madera.

El terreno, ubicado sobre la carrera Bolívar y la calle 52, costó 200 mil pesos, y en la construcción del hotel, que algún periódico de la época

nombró como “el mejor del hemisferio occidental”, se utilizaron únicamente materiales y mano de obra colombianos.

Expresidentes, toreros, cantantes, escritores y poetas se han alojado en el Nutibara desde su apertura, y hoy, setenta años después, aunque todavía goza del aprecio de la comunidad y fue declarado patrimonio cultural y arquitectónico de Medellín, el edificio de 42 metros de altura ha perdido brillo, y las grietas provocadas por el paso de los años le dan cierto aire gótico a su fachada recubierta de cemento gris.

El Nutibara tiene 132 habitaciones, con un promedio de ocupación cercano al sesenta por ciento. En él se alojan más extranjeros que colombianos, y todavía recibe las visitas de artistas legendarios como Tormenta, la Orquesta Aragón, Juan Carlos Godoy y Los Melódicos.

Es un hotel solitario, naufrago en un mar de variopintos negocios, apocado por el viaducto del Metro. Visto de lejos por el cacique que le da el nombre, es casi imperceptible para el ciudadano de a pie, ese que no se percata de la historia de esos muros viejos y románticos que alojaron a los ilustres visitantes de la joven ciudad.

■

Plaza de Cisneros

Madre de locomotoras

En 1892, el Concejo autorizó a los representantes del millonario Carlos Coriolano Amador para construir un mercado cubierto en el sector que ya se conocía como Guayaquil. El diseño y la construcción fueron encargados al arquitecto francés Charles Carré. Cuatrocientos peones aportaron su fuerza de trabajo en la construcción de una edificación jamás vista en la parroquia, con ladrillos, armazones de comino, 31 puertas de hierro, tres estatuas de bronce traídas desde Francia, servicios sanitarios con pedales, agua corriente, asientos para paseantes y damas, galerías con los nombres de los productos, además de entradas para mulas y caballos. Una revolución arquitectónica que estuvo lista el 23 de junio de 1894.

Entonces, el sector, que antes eran terrenos lacustres y malsanos llenos de zancudos y malezas, se transmutó en un barrio con calles nuevas, aires distintos, curiosos de todas partes, cargues y descargues, a los que se sumaron iniciativas comerciales de otros ricos, propietarios de fincas cafeteras, mineros, que construyeron casonas alrededor de donde, años después, se levantaría la estación del ferrocarril. En las carreras Carabobo, La Alhambra, Cundinamarca y Cúcuta florecieron sastrerías y otros locales de artesanos. Muy cerca de la imponente plaza, los más pobres se arrimaron y construyeron casas de bareque y paja. Luego arribarían peregrinos e inmigrantes de todas las condiciones sociales que convertirían la plaza y sus alrededores no solo en un puerto seco, sino también en una sede de todos los oficios, incluidos los nada santos.

Con los años, aquel invento ciudadano se quedó pequeño ante la avalancha de ofertas, la informalidad y otras miserias, el rebusque de los olvidados de la fortuna. Pasó de ser un símbolo del progreso y la modernidad, a una expresión del desorden provocado por el desbarajuste social. Sus afueras se transformaron en una sucursal de ventorrillos, toldos, carretas con pescados y legumbres y vagabundos. El sueño de oro de Amador se tornaba en latonería. Guayaquil, que había sido cuna de riquezas, de nuevas culturas, sobre todo de carácter popular, pasaba a ser “la puta del paseo”, la zona de fetideces y marginalidades, y a su agonía se sumaron, por ejemplo, el declive de los ferrocarriles y la crisis de la industria.

Plaza pública

Fue a comienzos del periodo de la República Liberal (1930-1946) cuando la Plaza de Cisneros se convirtió en escenario ideal para las manifestaciones sociales y las concentraciones políticas. La primera concentración importante se dio con la visita del candidato a la presidencia Enrique Olaya Herrera, que venía de iniciar su campaña con algunas

concentraciones en Cartagena, Barranquilla, Puerto Berrío (donde inscribió su candidatura) y Bucaramanga. Arribó a Medellín en el Ferrocarril de Antioquia, acompañado de algunos dirigentes liberales, y el 22 de enero de 1930 habló frente a una multitud en la Plaza de Cisneros.

No hay un estimado de cuántas personas asistieron aquel miércoles de enero, pero Eduardo Santos la calificó como “monstruosa manifestación”, y, más significativo aún, es el documento gráfico de Jorge Obando, donde se aprecia, en una imagen panorámica, la multitud que llena todos los rincones de la Plaza de Cisneros. La imagen incluso muestra algunos asistentes trepados en los muros de la estación del ferrocarril y en los techos de las edificaciones vecinas al Vásquez y al Carré. La fotografía, tomada desde una esquina de la estación, no alcanza a retener la multitud, que se pierde en el horizonte.

El Parque Berrío también era un sitio importante para este tipo de concentraciones, pero la Plaza de Cisneros era el lugar ideal para ellas, sobre todo si eran muy concurridas, pues ofrecía varias cualidades que permitían una mejor logística del evento: su área, más amplia que la de otros parques y plazas de la ciudad; su ubicación en el punto de llegada del ferrocarril, siempre propicia para la movilización de gentes de las afueras o de otros municipios del departamento; su condición de terminal de transporte intermunicipal y, sobre todo, de lugar de encuentro comercial, de hospedaje y de ocio de muchas gentes de Medellín.

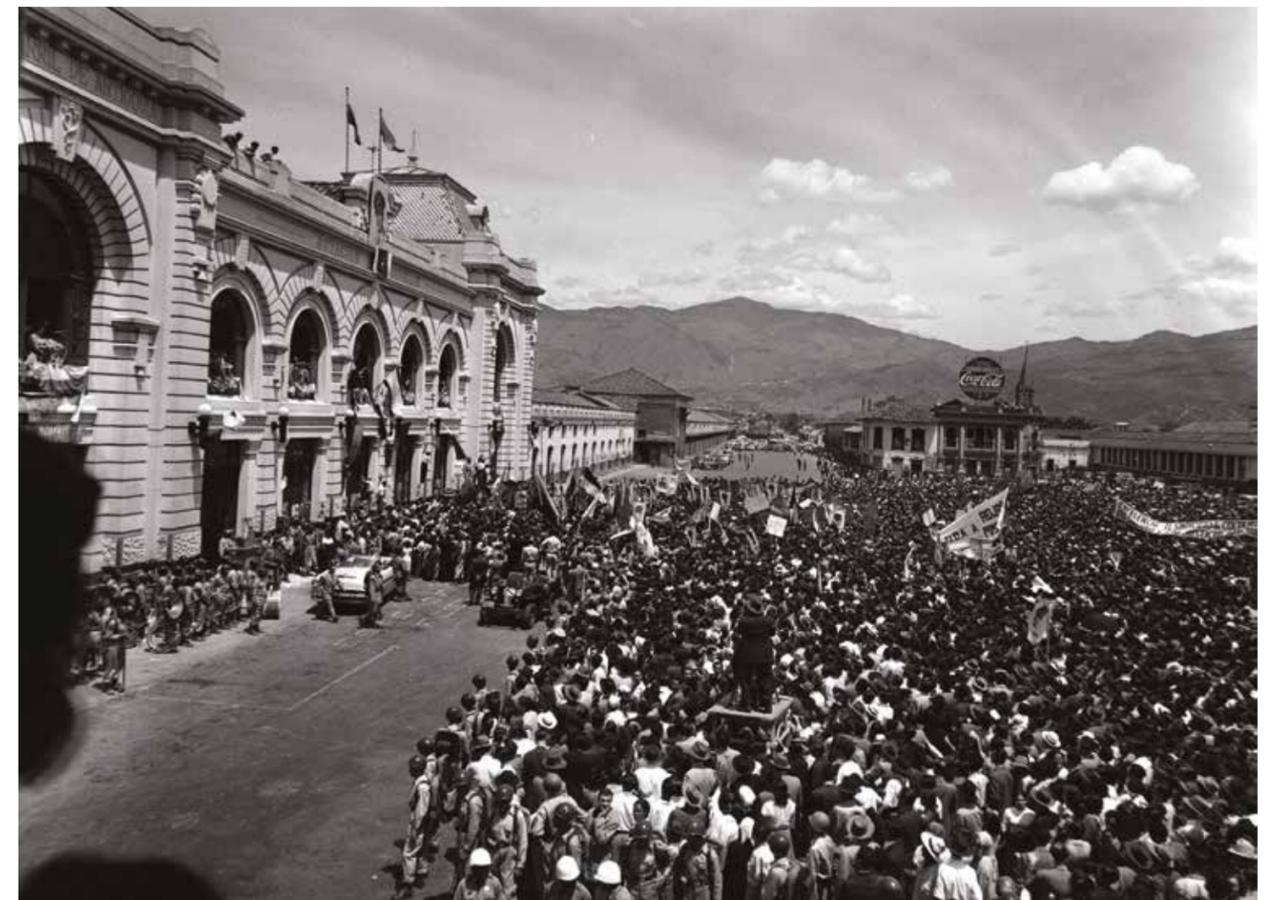
Otra manifestación política significativa fue la protagonizada por Jorge Eliécer Gaitán el 22 de agosto de 1947. El periódico *La Defensa* abrió su edición del día siguiente con un titular rotundo: “50.000 liberales gaitanistas”. Sin embargo, la manifestación parece haber alcanzado tintes vandálicos, pues se culpa a los asistentes de apedrear el edificio de la estación del ferrocarril.

Una fotografía de Gabriel Carvajal Pérez muestra un tercer momento de las manifestaciones políticas en Cisneros. Se trata de la visita del dictador Gustavo Rojas Pinilla, el 15 de agosto de 1953. La imagen muestra de frente el costado occidental de la plaza; en la estación del ferrocarril se ubica la comitiva presidencial acompañada por un cinturón de efectivos del ejército y, a diferencia de los otros dos momentos, se aprecian pancartas, banderas de Colombia y banderines con la imagen de Rojas Pinilla.

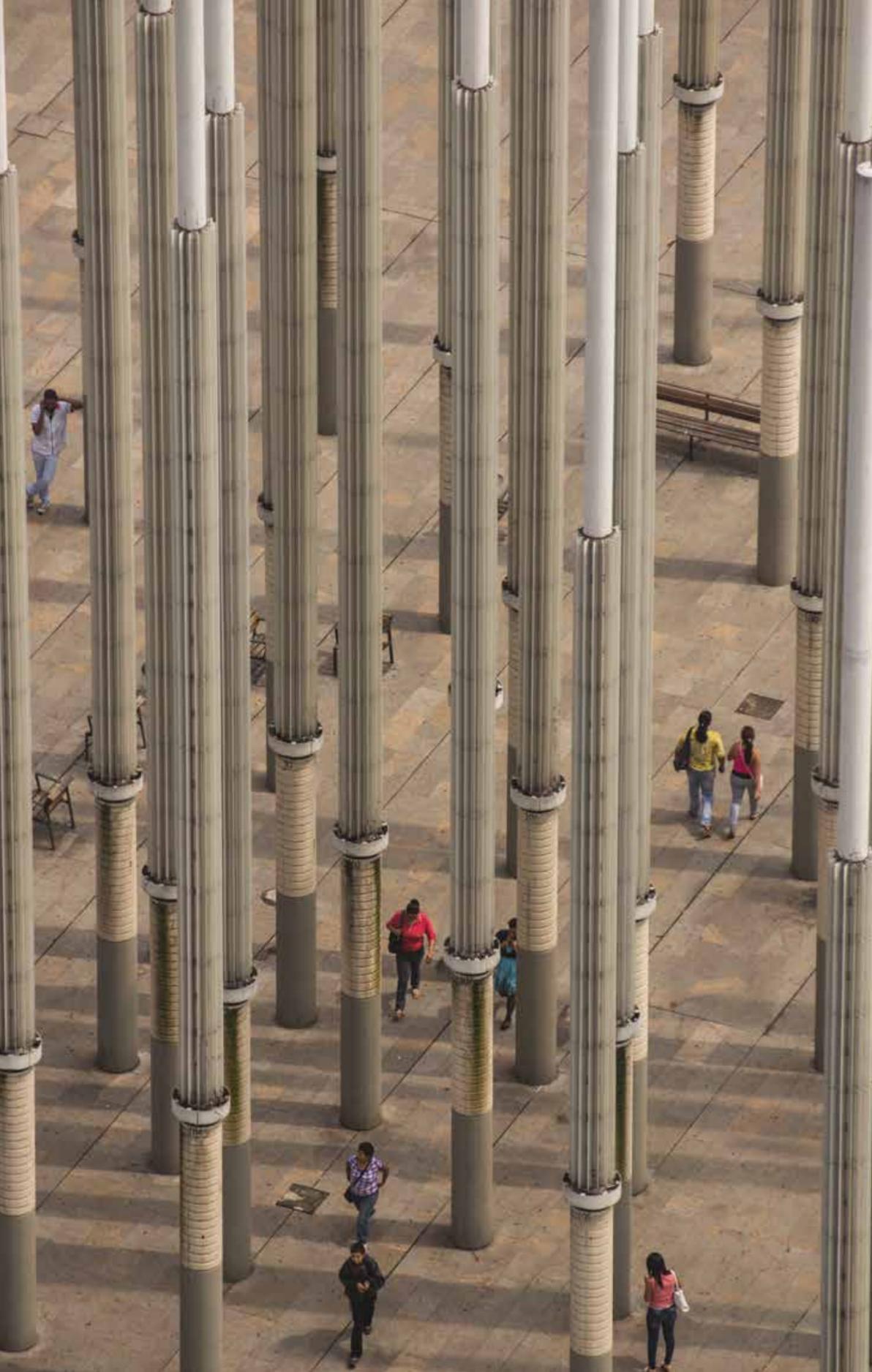
Con el paso del tiempo esas muestras de poder político irían disminuyendo, y las manifestaciones en calles, plazas y parques se trasladarían progresivamente a otros escenarios ya no tan multitudinarios. Quizá fue a partir de finales de los setenta que la plaza pública cedió ante los medios masivos de comunicación. El desgaste ideológico de los partidos políticos durante el Frente Nacional (1958-1974) y su remanente (1974-



» Tranvía a La América y estación del ferrocarril, 1923.



» Visita de Gustavo Rojas Pinilla a Medellín, 1953.



1990) fue otro factor para que disminuyera la movilización política en las calles. Si a eso le sumamos los factores de violencia, los atentados y los magnicidios de algunos dirigentes en las décadas de los ochenta y los noventa, es comprensible que los discursos políticos en plaza pública, ante decenas de miles de seguidores, ya no estén a la orden del día. Pasamos de la plaza al televisor, del televisor al computador y del computador al móvil.

Puerto seco

Cuesta imaginarse hoy, al caminar por las losas movedizas de la plazuela central de La Alpujarra o por el desértico Parque de las Luces, lo que fue antaño Guayaquil. El trajín había empezado a finales del siglo XIX con la plaza de mercado de Coriolano Amador, pero fue con la Estación Medellín del Ferrocarril que el sector adquirió un carácter vertiginoso y se ganó el mote de “puerto seco” de Antioquia.

Guayaquil se convirtió entonces en el centro comercial mayorista, atestado de depósitos, bodegas, centros de distribución y reempaque, de procesamiento de maderas y manufactura de cueros. Allí llegaban, desde el río Magdalena, las mercancías extranjeras que surtían los anaqueles de los almacenes del Parque Berrío. Arribaban también el ganado vacuno, los cerdos y aves de corral, grandes cargamentos de maíz, arroz, papas, panela, azúcar, cacao, trigo, y todos los víveres que luego los comerciantes negociaban en la mesa de algún café.

Por la estación central entraba toda la materia prima para la naciente industria paísa: vagones cargados de algodón desmotado

para las fábricas de tejidos; tabaco en rama para la elaboración de cigarrillos y cigarrillos; hierro para las fundiciones y madera para la construcción. Desde el suroeste llegaban los bultos de café transportados por el Ferrocarril de Amagá; en la Estación Medellín eran reembarcados en el tren de la sección Porce del Ferrocarril de Antioquia, que los llevaba finalmente hasta Puerto Berrío, donde continuaban su viaje a través del río Magdalena. De Caldas llegaba también el carbón para alimentar las rugientes locomotoras y los hornos industriales.

Además del comercio al por mayor, venían gentes de todos los barrios y de poblaciones cercanas a mercar en la plaza. Los campesinos llegaban a surtirse al almacén La Campana, al frente del edificio Carré, donde siempre podían encontrar ruanas, alpargatas, ponchos, pantalones, dados y guitarras; y en la Farmacia Molina encontraban los medicamentos que no conseguían en los pueblos.

La Estación Medellín era la puerta de entrada y salida de cientos de pasajeros. Entre las 7:00 de la mañana y las 7:10 arribaban los primeros trenes provenientes de Barbosa y Caldas, atestados de hombres y mujeres que venían a engrosar las filas de obreros de las fábricas de cerveza, gaseosa, fósforos, jabón, velas, de las chocolaterías, las fundiciones de oro y plata, los tejares, las tostadoras de café, las tintorerías y los talleres de mecánica.

A las 8:25 sonaba el silbato de la locomotora proveniente de la Estación Botero, primera de la sección Porce hasta 1918. Quienes viajaban en sus vagones llegaban a la ciudad desde lejanas regiones del país; muchos culminaban en aquella estación una travesía de más de dos días desde la capital colombiana, y otros, incluso, de semanas enteras desde Europa y Estados Unidos.

Los agotados viajeros acudían al Café 24 Horas a tomar un buen tinto cuñado con una empanadita, o caminaban hasta La Luneta, diagonal a la estación, cuya panadería ofrecía variedad de parva para el desayuno. Quienes conocían bien el sector no dudaban en andar unos pasos más para llegar hasta el edificio Vásquez, donde se hallaba el famosísimo Café Árabe. Cuando la hora de llegada del tren coincidía con el almuerzo, los hambrientos pasajeros de segunda clase acudían a La Sancochería, una vieja casona ubicada sobre el costado oriental de Carabobo, a pocos metros de la Plaza de Cisneros, donde servían exquisitos tamales, frijoles y el infaltable trifásico. Los pasajeros de tercera clase se saciaban gustosos en el Restaurante Cuclillas del edificio Carré, donde no había sillas ni mesas, y a cambio los comensales, de pie o en cuclillas, podían comerse un gigantesco plato de sancocho con aguacate y arepa por solo cinco centavos.

El epicentro de todas las vueltas

Apenas asoma el sol en las montañas del oriente y ya se escucha la turbina de los secadores de mano, y el espray esparce nubes de laca sobre los cabellos de estas mujeres. Son las seis y media de la mañana y ellas son las primeras clientas del salón de belleza María Auxiliadora, ubicado en el segundo piso del Pasaje Comercial Metrocentro. Son mujeres maduras, mayores de cincuenta años, vestidas con trajes de dos piezas y obligadas a la tarea de acicalarse cada día. La escena tiene la agitación de un camerino antes del

1900. En torno a la plaza de mercado se fueron aglomerando vendedores de productos agrícolas, intermediarios y grandes compradores. Las ciénagas fueron secadas, y sobre ellas se construyeron depósitos para los granos y edificios para todo tipo de locales comerciales.

1907. Comenzó, sobre la calle San Juan, la construcción del edificio de la Estación Medellín del Ferrocarril de Antioquia, a cargo del ingeniero Enrique Olarte. Fue inaugurada el 10 de marzo de 1914, tres días después de la llegada del primer tren desde Barbosa.

1924. Fue inaugurado, en el centro de la plaza, el monumento al ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, gestor del Ferrocarril de Antioquia. La escultura fue obra de Marco Tobón Mejía.

1930. En esta década la Plaza de Cisneros se convirtió en la terminal de los primeros buses urbanos, unos carros largos, sin puertas y con capacidad para veinte pasajeros.

1958. Comenzaron a instalarse los primeros puestos de ventas ambulantes en una de las calles aledañas a la plaza de mercado conocida popularmente como El Pedrero.

1961. El Ferrocarril de Antioquia fue vendido a la nación y pasó a ser parte de Ferrocarriles Nacionales de Colombia. Cuatro años después la Estación Medellín quedaría inhabilitada y entraría en un periodo de abandono de dos décadas. En 1986 la Fundación Ferrocarril de Antioquia daría inicio a las obras de restauración del edificio.

1968. Un incendio destruyó buena parte de la plaza de mercado. Después del incidente el gobierno municipal abandonó la plaza por completo y los venteros que habían perdido todo fueron a parar a El Pedrero.

1971. Los vendedores de abarrotes de Guayaquil fueron trasladados a la central mayorista construida en el municipio de Itagüí. Dos años después La plaza de mercado de Guayaquil fue clausurada definitivamente.

1983. Comenzó la construcción del Centro Administrativo La Alpujarra, que terminó en 1987.

1992. Fue reinaugurada la Estación Medellín, restaurada por la Fundación Ferrocarril de Antioquia. El edificio sería declarado Monumento Nacional en 1996.

2000-2002. El edificio Carré, restaurado por la fundación Ferrocarril de Antioquia, fue declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional.

2005. Se inauguró la nueva Plaza de Cisneros, construida en el lote de la antigua plaza de mercado. También fue inaugurada la Biblioteca Temática Empresas Públicas de Medellín.

2006. Fue reinaugurado el Edificio Vásquez, también declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional.



espectáculo, pero es solo el preparativo diario para atender a una multitud de gente de ocho a doce y de dos a seis. Cuando ya se sienten por fin como un postrecito, salen con sus cabellos firmes y abombados, taconeando hacia ese complejo de edificios, construido entre 1983 y 1987, que se llama oficialmente Centro Administrativo José María Córdova, pero que todos conocen, sin saber por qué, como La Alpujarra, término árabe que significa centro de gobierno de una ciudad, y que la gente acuñó como moneda de cambio.

Al ser el epicentro de las decisiones que se toman en el sector público del departamento y de la ciudad, todo aquel que quiera buscar plata del aparato estatal, que tenga un proyecto para su comunidad, que quiera quejarse de un problema en su barrio o municipio, que tenga una deuda con la justicia, o que simplemente deba pagar sus impuestos, termina pasando por La Alpujarra, tierra de “doctores y doctoras”. Allí se comprueba la anécdota popular que cuentan quienes llegan de municipios vecinos, donde la madre campesina le recomienda a su hijo: “Si va a ir a hacer vueltas en La Alpujarra debe ponerse la dominguera, la de botones, y desempolvar el saco guardado, para que esos doctores lo atiendan bien, como a todo un doctor”.

Algunos le ven forma de panal, de radiador y hasta de la M de Medellín a los edificios donde funcionan la alcaldía y la gobernación. En los últimos pisos están los despachos de los altos cargos. En los pisos intermedios de la alcaldía se vive un mayor hormigueo de gentes que en los de la gobernación. Y en los primeros pisos se atiende a la gente. Por eso no es casual que los sitios de mayor afluencia de usuarios sean precisamente las afueras de estos edificios, por un lado en la oficina para sacar pasaportes de la gobernación, y por el otro en la oficina de recaudo de impuestos de la alcaldía; como quien dice, el mayor movimiento se da por aquellos que quieren salir del país y por los que se quedan y por eso deben pagar tributo.

En los alrededores, que fueron bares, almacenes de abarrotes y flotas, hoy hay parqueaderos, restaurantes y pasajes comerciales, con variados menús que van desde el tradicional ejecutivo y el arroz chino hasta los platos *gourmet* para los paladares más exigentes. A diario grupos de empleados atraviesan San Juan, pasan por la Plaza de Cisneros y sus espadas de luz, miran de reajo la biblioteca de EPM y transitan al lado de los edificios Vásquez y Carré para terminar en las vitrinas de Carabobo. A pesar de

las transformaciones, una parte de ese viejo Guayaquil, con su revuelto de ladrones, coterros, mercaderes y prostitutas, se niega a desaparecer y persiste en diminuto, reducido, casi al borde de la extinción, sitiado por los centros comerciales que siguen expandiendo el sector de El Hueco, con su oferta de bulevares de comida y almacenes donde funcionarios, patinadores y visitantes se encuentran.

Los tinterillos de Carabobo, sentados en sus viejos escritorios de madera con sus máquinas de escribir, esperan a sus clientes para teclear facturas y solicitudes. Los acompañan los vendedores informales en sus puestos ambulantes, que exhiben una ecléctica oferta de actualizaciones de códigos legales, libros sobre programación neurolingüística, películas piratas y tutoriales para aprender a manejar programas de computador.

Mientras tanto, los turistas elevan la mirada hacia la imponente escultura de 38 metros de alto que corona la plaza principal de La Alpujarra. Ya es corriente ver a monos en bermudas y chancas posando para las fotos frente al *Monumento a la raza* de Rodrigo Arenas Betancur. Esta escultura de proporciones épicas y figuras en relieve destaca las

gestas y personajes de la cultura antioqueña, desde los indígenas y los colonos, pasando por los mazamorreros del oro y los fierros forjados que marcaron el progreso de la ciudad, hasta las imágenes de dioses alados que emprenden vuelo hacia el infinito.

La Alpujarra también conserva la memoria de los caídos: bajo dos árboles de bronce están los bustos del exgobernador Guillermo Gaviria Correa y su asesor Gilberto Echeverri, quienes fueron apresados en una marcha por la paz y asesinados en cautiverio por la guerrilla. Y aún se recuerda el asesinato, todavía impune, del gobernador Antonio Roldán Betancur, víctima de un carro bomba en 1989.

Sombras de Guayaquil

Le dicen el Parque de Las Luces aunque en realidad fue bautizada Plaza de la Luz, y hace poco, por recomendación de la Academia de Historia, volvió a llamarse Plaza de Cisneros, como se ha llamado desde finales del siglo XIX, cuando el pantanero que era se convirtió en el mercado cubierto de Guayaquil gracias al capricho de un tipo rico por el que ahora la calle 45 se llama Amador.

Una descripción somera diría que al parque, inaugurado en mayo de 2005, lo hacen las 300 torres de luz repartidas por los costados norte y sur, “un bosque de sombra en el día y un bosque de luz en la noche”: dieciocho metros de altura, cuarenta centímetros de diámetro, de la mitad hacia arriba una estructura de acero con cordones de leds que a esta hora –las cinco de la tarde de un jueves– todavía están apagados. Entre ellas se distribuyen varios sembrados de guadas, bancas para una, dos, tres personas. En el centro, una plazoleta comunica los edificios Carré y Vásquez con la Biblioteca EPM, una edificación de mármol, madera y vidrio “diseñada según el orden de la pirámide del conocimiento”. En el extremo nororiental, frente al Carré, hay un módulo de vidrio y acero que en teoría es punto de atención turística y vigilancia. Y en las cuatro esquinas de la plaza, plataformas rectangulares que serían simples bancas de piedra si no fuera porque son cuartos de máquinas de los espejos de agua que antes había alrededor y ahora son jardines de esterilias.

El lugar donde hoy se levanta la plaza antes era una manga con escasos árboles que hasta mediados de los noventa había sido un parqueadero. En 2001 el alcalde Luis Pérez abrió una convocatoria llamada “Medellín es luz, un poema urbano” para “recuperar” la plaza con “una propuesta de arte, arquitectura y ciudad”, según reza un informe oficial. En el plan de desarrollo aparecía como la Plaza de la Protesta, en homenaje a su vocación como plaza política.

El proyecto ganador fue el del arquitecto Juan Manuel Peláez y su padre, el escultor Luis Fernando Peláez. Establecía que las torres, “elementos escultóricos”, serían 360, alcanzarían alturas de hasta veintidós metros y emitirían una luz que cambiaría de tonalidad e intensidad de acuerdo a las fases de la luna. Pero eso, según cálculos modestos, costaba cerca de doce mil millones, de manera que hubo que aterrizar la cosa a las posibilidades del bolsillo de la administración y las expectativas se redujeron a 300 torres de dieciocho metros con leds que no tenían forma



de competir con la iluminación urbana y estuvieron apagados durante varios años –excepto cuando la ciudad estaba de evento importante–. Así, la plaza terminó costando alrededor de nueve mil millones de pesos.

Paralela a la construcción del parque se dio la de la biblioteca, para la cual la alcaldía demolió, en enero de 2003, el Pasaje Sucre, único vestigio, junto al Carré y el Vásquez, de lo que había sido el mercado cubierto. El Centro Filial de Monumentos de Antioquia se opuso, la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura se opuso, pero la administración municipal argumentó que la edificación estaba en ruinas y que era necesaria otra que se vinculara mejor a la futura plaza. Meses más tarde Luis Pérez se ganó el Premio Atila, concedido por la revista Documentos de Arquitectura Nacional y Americana (Dana) de Argentina a quienes toman decisiones en detrimento del patrimonio arquitectónico de Latinoamérica.

Desde finales de 2011 se levanta sobre Amador y se extiende por toda la carrera Cundinamarca el centro comercial Gran Plaza, una mole alta y gris de cerca de treinta mil metros cuadrados. En el primer piso están “los comerciantes más tradicionales del sector de Guayaquil”, en el segundo *outlets* de las marcas de siempre, en el tercero una plazoleta de comidas, oferta comercial para gente que no gusta de almorzar corrientazo ni de sentarse, digamos, a las afueras de la biblioteca a cucharear un portacomidas.

A principios de 2013 algunos organismos y “ciudadanos preocupados” se unieron para recuperar el parque construido para recuperar la manga, pues se estaba viendo muy oscuro. Se hizo limpieza, se sembraron los jardines, se multiplicaron los policías y los funcionarios de espacio público, y se instalaron otros leds que iluminan con mayor intensidad y ahora se encienden a diario.

Bares a tres bandas

El **Buen Tinto** convocaba una clientela diversa y honrada en la que prevalecía el grupo de abarroteros más distinguido de la feria; sobresalía entre los abaceros don Antonio Roldán. El café distaba unos veinte metros de la esquina de la calle Amador con la carrera Díaz Granados, sobre el costado norte, justo al frente de la puerta de la Galería Sucre, el mercado anexo a la antigua plaza de don Coriolano. El local que lo albergó todavía permanece a salvo de las demoliciones, y es quizá el único en aquella calle histórica. Sus dos puertas de madera con escotillas de hierro, similares a las de la mayoría de tiendas antiguas, pintadas de un blanco hueso, me lanzan ahora la pátina de esos primeros años de vidoria.

En el cruce de Maturín con Facio Lince estaba el **Café Industrial**. El mismo nombre era anodino. La simplicidad de la bodega la predestinó a su pronta desaparición. La marca con la que se conocía estaba dada para reunir una cáfila de escuderos criollos, pero hubiera dado igual que se llamara café nada o café sin nombre. El color gris de su fachada en granito iba contra el espíritu de la clientela. Los habitantes de Guayaquil eran alegres por naturaleza, buscaban siempre los toques intensos de la vida. Luego el café devino en el depósito de los Botero Soto, y posteriormente en el acopio de los quincalleros de Medellín, construido por el municipio con recursos



destinados a la habilitación de espacios para sus desplazados. Hoy lo único que alivia ese antiguo recodo es el paso incesante de los vagones del metro, por encima de los techos arqueados del bazar.

En la esquina de Pichincha con Facio Lince estaba el bar **Bola Bola**. Los habituales del bar solían decir que los turistas que se alojaban en el Nutibara arrimaban hasta su esquina para tomar la mejor infusión del arábigo acaramelado que se vendía en el sector. Su fragancia anunciaba la cafetera recién dispuesta. En realidad, el buen sabor se debía al gusto con el que se preparaba el grano, a la marca sempiterna, Café Don Quijote, y a la pasión con que el administrador exprimía el viento blando y místico de la semilla molida. Al

Bola Bola lo acogía un local inmenso que albergaba dos mesas lujosas de billar de tres bandas y un *billar pool*. El servicio diario se mantenía completo. El juego congregaba a los pícaros y a los indolentes; en el sector no había otro filón que los tuviera. La clientela era una ralea diversa de comerciantes de madera, ferreteros, camioneros, mecánicos, tipógrafos, panaderos, empleados de flotas intermunicipales, obreros de la Harinera Antioqueña, carretilleros de la Flota Roja, confeccionistas y sus costureras, especuladores de la plaza, diletantes sin arte conocido y villanos ocasionales que elegían el bar como punta de lanza para sus atracos en los bancos cercanos.

Parque San Antonio

Un parque con avenida

La primera referencia del sector de San Antonio aparece en 1770, en el primer plano que se conoce de la ciudad, y las únicas calles que existían eran San Félix (hoy parte de la Avenida Oriental), Abejorral (hoy desaparecida) y San Roque (hoy Palacé).

A partir de las obras de construcción de la iglesia, que arrancaron en 1874, esta se convirtió en el centro de un sector que seguía creciendo hacia el oriente y el norte, bajo el nombre y protección del templo que en 1889 era una simple capilla.

Eran tiempos de tranquila felicidad para un barrio de casas en su mayoría de una planta, muchas de ellas construidas en tapia desde el siglo XVIII, con grandes solares y calles estrechas, en el que prosperaban las tiendas y los graneros, algunos cafés, peluquerías, panaderías, zapaterías y montepíos. Esta estructura se conservaría hasta bien entrados los años sesenta del siglo pasado.

A comienzos de esa década los residentes y habitantes de San Antonio ya sabían que el barrio sería atravesado por una gran avenida, y que buena parte de las manzanas comprendidas entre Abejorral, San Félix y El Palo, desde San Juan hasta Bomboná, serían abatidas por las cuadrillas de demolición.

Para finales de los setenta muchas familias ya habían encontrado otras alternativas de vivienda. Solo quedaban unas cuantas que se resistían a abandonar el barrio de toda la vida, mientras el comercio se apoderaba de los caserones para convertirlos en bodegas y almacenes, talleres de mecánica y colchonerías.

La construcción de la Oriental, concebida desde el Plan Piloto e iniciada en 1973, le dio el golpe de gracia al sector.



» Iglesia de San Antonio, 1983.



» Terrenos que ocupa hoy el Parque San Antonio, s. f.

1874. En el sector conocido como Barranca Media o Barranca Ospina, el arquitecto fray Benjamín Masciantonio, quien oficiaba como subdirector de la obra de la Catedral de Villanueva, compró un lote para construir el convento de franciscanos de Tierra Santa y un templo en honor a San Antonio de Padua. El convento sería terminado en 1883 y el templo estaría a medio construir por muchos años.

1920. El arquitecto Arturo Longas construyó la fachada definitiva del templo de San Antonio de Padua. La iglesia era muy frecuentada por cazadores y pescadores, que llegaban a la misa de cinco de la mañana, dejaban sus jaurías y cañas de pescar en el atrio y al terminar salían justo a tiempo para desayunar en el Café Balcanes y tomar el tren de las seis.

1950. En esta década la proliferación de terminales de buses, bares, hoteles y pensiones produjo un deterioro ostensible en el sector de San Antonio, lo que incitó a sus habitantes tradicionales a abandonar la zona.

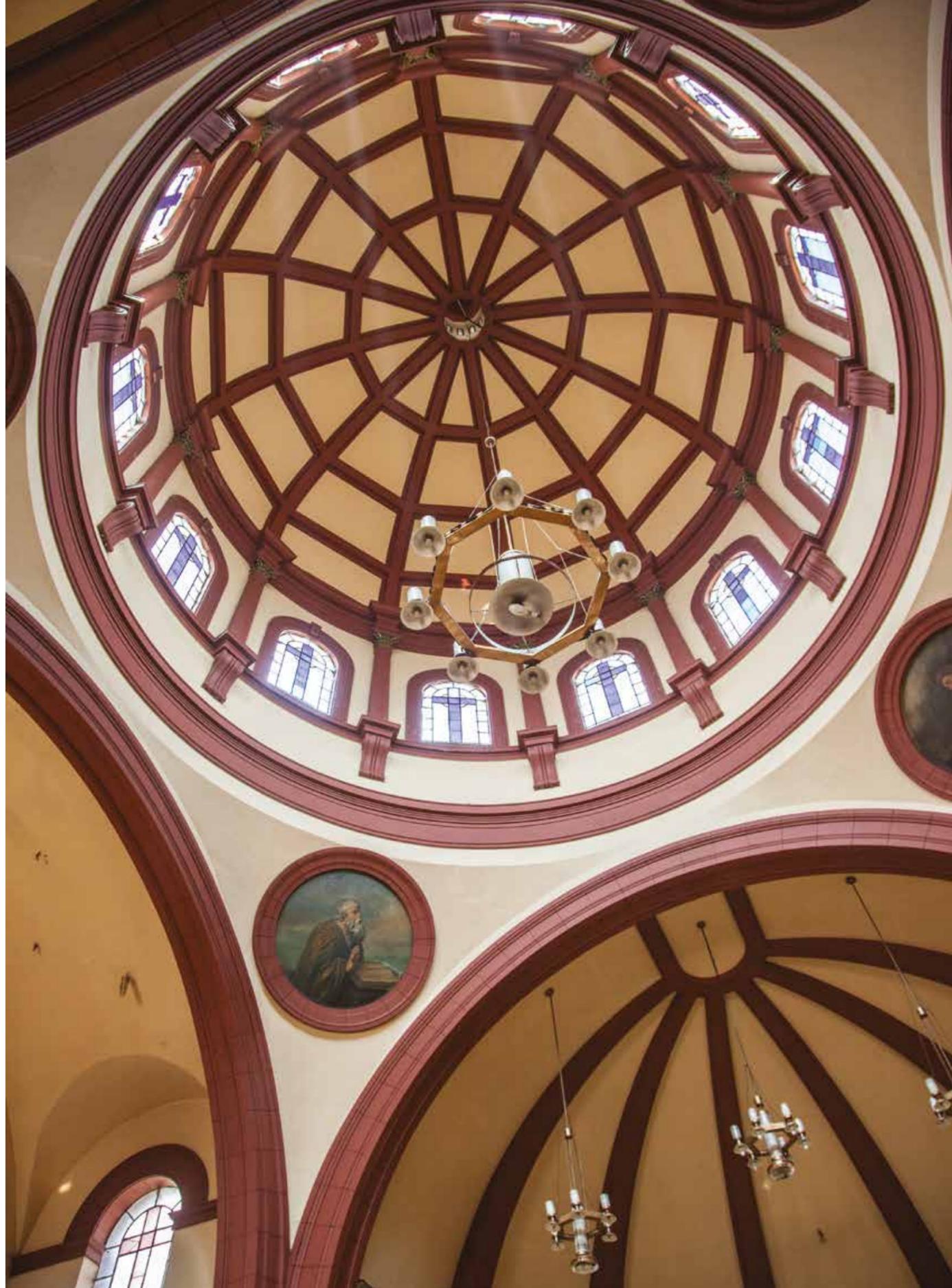
1973. Con la construcción de la Avenida Oriental el sector fue cercenado y aislado. Expendedores de droga, prostitutas y delincuentes, los nuevos habitantes.

1980. En esta década los terrenos ubicados frente a la iglesia San Antonio, abandonados por la administración pública, se convirtieron en un cementerio de carros.

1989. Mediante acuerdo metropolitano se dispuso construir un parque en el sector de San Antonio.

1994. El 14 de diciembre se inauguró el Parque de San Antonio. En el costado que da sobre la Avenida Oriental se instalaron tres esculturas de Fernando Botero: *Venus dormida*, *Torso masculino* y *Pájaro*. En la esquina nororiental se dispuso La puerta de San Antonio, obra de Ronny Vayda. En el costado suroriental edificó su sede la Alianza Francesa.





Iglesia de San Antonio de Padua

Construida entre 1874 y 1902. Inaugurada en 1904. Proclamada parroquia en 1961. Su cúpula, una de las más grandes de Suramérica, fue intervenida en 2005.

Ha pasado que el padre Luis Alberto Toro y su sacristán, ataviados como corresponde, estén listos para officiar misa en la iglesia con la cúpula más grande de Medellín, y se encuentren con que el templo goza de un silencio sepulcral y la asistencia de tres personas. Resignación. La eucaristía no se cancela; por más que retumbe su voz amplificadas en los cuatro cantos del templo, el sacerdote da la misa casi personalizada, conversada. Eso sí, con un sermón breve.

Milagro sería que la iglesia de San Antonio estuviera llena. Los domingos, que es el día de mayor afluencia, apenas si alcanza los cuarenta feligreses en cada una de las seis misas que se celebran. Es la soledad de una parroquia que se quedó sin gentes. No es como antes, a principios del siglo XX, cuando en la carrera Palacé entre Maturín y San Juan había grandes mansiones en las que vivían familias prestantes, más casas que bodegas, locales comerciales y, lo que abunda hoy, parqueaderos.

Eran otros tiempos. Han pasado setenta años desde las palabras de Lisandro Ochoa en sus *Cosas viejas de La Villa de la Candelaria*: “Todavía se respira aire de paz y sencillez. Encontramos la misma callecita estrecha, las vetustas casas donde los buenos vecinos practican las cristianas y patriarcales costumbres de los abuelos”.

Los feligreses de la parroquia de San Antonio de Padua habitan en Niquitao, y son ciudadanos con necesidades materiales más urgentes que las espirituales. Otros que visitan el templo son los escasos paisanos que cruzan el puente peatonal de San Juan y no se dan la bendición desde afuera sino que se atreven a subir sus escalinatas para encomendarse al santo de su devoción. A San Antonio, santo de los milagros, santo de los pobres y de las cosas perdidas, santo de todo el mundo, el doctor evangélico.

En San Antonio de Padua offician seis sacerdotes, y ocho catequistas realizan una de las labores más importantes para esta parroquia: la de preparar a los niños que van a recibir el sacramento de la Primera Comunión en diciembre. Ese mes la iglesia se abarrota, pues los iniciados en este rito llegan al centenar cada año.

Pero trabajar, lo que se dice trabajar, lo hicieron los primeros franciscanos que llegaron a Medellín en 1874 y se dedicaron al pastoreo en las iglesias de San Antonio y San Benito. Entre ellos, el padre Benjamín Masciantonio, quien llegó para ayudar en la construcción de la Catedral de Villanueva pero acabó construyendo la iglesia de San Antonio.

Hoy la iglesia tiene altares en madera, tres naves amplias y un órgano español. De las múltiples transformaciones que ha tenido, las más radicales en 1929 y 1945, sobresalen el desplazamiento del altar mayor hacia el fondo y la destrucción del púlpito en 1969.

Un paseo por San Antonio

El Parque San Antonio es una inmensa factoría de oficios que funcionan con una extraña sincronía, veinticuatro horas al día, siete

días a la semana. En un área de 33 mil metros cuadrados – más de tres veces el Parque Bolívar y casi cinco el Parque Berrío – sobreviven venteros de chicles, confites, tinto, agua, cigarrillos, periódicos, minutos a celular, papitas fritas, chorizos, frutas y verduras; y artesanos, vigilantes, aseadores, despachadores de buses, meseros, cocineros, comerciantes, peluqueros y fotógrafos.

En el parque, como en todo el Centro de Medellín, pasan el día y la noche personas procedentes de barrios populares que llegan a rebuscarse el sustento diario. Llegan en la madrugada, al amanecer, a media mañana, empezando la tarde, a mitad de la noche; se acomodan en un pedazo de acera, en una escalera, en una jardinera, en un local, y con sus cuerpos muelen el material del que está hecha la ciudad. San Antonio es una estación más del sistema masivo de la subsistencia callejera.

Uno de los fundadores de los oficios que dan vida al Parque San Antonio es una reliquia. Tiene la piel morena, 1,70 metros de estatura, sesenta años y una apacible cara de pensionado. Viste gorra, pantalón de dril y camisa, y del cuello le cuelga una vieja cámara Pentax que reposa sobre su barriga. La cámara no funciona, pero lo identifica. Sin ella cualquiera pensaría que es un desocupado. Desde hace diecinueve años, los mismos que tiene el parque, Emilio García toma fotos en San Antonio; lleva más de treinta en el oficio, y antes trabajó en Junín y en el Parque Bolívar.

Le pido a Emilio que me guíe y le tome fotos a los lugares que más le llamen la atención.

–Empecemos con la media torta –dice.

En el extremo norte del parque hay un teatro al aire libre con capacidad para mil personas y una concha acústica de la que sobresale un mástil que sirve de pararrayos.

–A nosotros nos han tocado unas tempestades tremendas aquí, y los rayos caen en ese chuzo y se ve el chispero –dice Emilio.

Otro de los espectáculos que se presentan en la media torta son las reuniones del grupo Alfa y Omega de Alcohólicos Anónimos. Empiezan todos los días a las 10:00 a.m., y sus asistentes, dispuestos a confesar sus pecados y purgar sus penas, son tan fieles como los feligreses de la iglesia de San Antonio.

Aunque a veces parece un desierto, en las tardes a las aceras del parque les nacen ramificaciones de personas que hacen fila para tomar un bus, y en las esquinas brotan carretas repletas de aguacates, tomates, mandarinas.

–Vea pues esta foto –dice Emilio parado cerca de la esquina de Junín con Maturín–. Se ven las palmeras, el aviso del pasaje de los artesanos y la gente.

Entre esa esquina y la que sigue hacia el oriente se extiende un pasaje de unos cien metros en el que hay 52 puestos de artesanías, 65 palmeras y un rebaño móvil de vendedores de minutos a celular, chorizos, afiches, papas fritas, guarapo y tinto, tan difíciles de contar como las cabras. El pasaje es en realidad un espacio que corre paralelo a Maturín y a un edificio de dos plantas pensado como apoyo a una posible extensión del metro hacia el oriente. En el segundo piso, marcado por un letrero que dice “Son y Sabor”, funciona una discoteca de enamorados.

–Ese es el punto donde los costeños y los morenos hacen el encuentro del noviazgo –dice Emilio–. La mayoría son obreros de construcción y empleadas del servicio. Ahí se emborrachan y bailan, y al final de la noche el moreno le dice a la morena: “bueno mi amor, vamos a ver dónde amanecemos”. Ese es el programa de cada ocho días.

Una zona rosa para la gente negra, que se extiende hacia la mayoría de locales de la galería occidental y algunos de la oriental, y los fines de semana coloniza gran parte del pasaje. Los sábados por la noche no hay por donde caminar. La comunidad negra convirtió ese espacio en un pedazo de su tierra. Atraídos por las palmeras y los locales comerciales, montaron negocios para comer, beber, bailar y cortarse el pelo. Y disfrutaban como en territorio liberado, como en un palenque en pleno Centro de Medellín.

–Camine le tomamos a la puerta –dice Emilio. En la esquina nororiental hay una escultura llamada *La puerta de San Antonio*, del artista Ronny Vayda, donada por la Cámara de Comercio en 1995. –Antes estaba en el piso y no tenía protección y la gente se arrimaba a orinar. Eso oxidó la base y ladeó la escultura. Un día en un aguacero se cayó y tuvieron que amarrarla –dice Emilio.

Al frente de la puerta, hacia Junín, está Luis Fernando Hoyos, uno de los artesanos del parque. Su puesto es taller y vitrina de bolsos y accesorios de cuero “personalizados” que vende a clientes en Quibdó, Montería y Miami.

–Estudié a los africanos, los materiales que utilizan, y trabajo con cueros de desgaste para hablar de lo étnico –dice Luis Fernando.

Hay días en que se le puede encontrar al amanecer. El sol atraviesa *La puerta de San Antonio* calentando el acero del que está hecha, pega contra el aluminio brillante de los módulos de los artesanos y acaricia las palmeras que apenas se despiertan. Luis Fernando abre su puesto y empieza a colgar del techo bolsos naranjados, verdes, rojos, cafés, negros; los va trenzando como una enredadera hasta cubrir el frente del negocio.

Le pregunto a Emilio con cuál fotografía seguimos y señala dos de las cuatro esculturas de Fernando Botero que hay en la plaza central. Son los famosos “pájaros”.

–Esto es histórico por la bomba que hubo. Le puedo coger el pájaro bueno y el pájaro malo –dice Emilio.

Pone la cámara digital enfrente y mete los pájaros en el encuadre. En el pedestal del pájaro malo hay una placa conmemorativa con los nombres de las veintitrés personas que murieron con el estallido de una bomba el 10 de junio de 1995. Algunos están borrosos, pero el recuerdo permanece nítido en la mente de Emilio y los sobrevivientes; además, está grabado en el metal retorcido del pájaro malo, que fue dejado en el mismo lugar por petición de Fernando Botero. Casi cinco años después, en enero de 2000, el artista instaló un nuevo pájaro al lado del destruido, “como símbolo de una ciudad que no se quiere dejar intimidar”, según dijo la prensa de esos días.

–Cuando uno no se va a morir... Yo estaba orinando en un bar –dice Emilio.

A través de su cámara Emilio es capaz de ver más allá de lo evidente. En el costado sur de la plaza está el *Torso masculino*, otra de las obras de Botero, que no necesita cabeza ni brazos ni piernas para ser testigo del espectáculo cotidiano del parque.



–Mire el torso, ¿qué figura alcanza a ver? –dice Emilio.

–¿Dónde?

–¿Le ve la cara?

–¿Cara? Pero si no tiene cabeza...

–Mire bien.

–Ah, sí señor, tiene una cara

–Los ojos son las tetas, las costillas son los cachetes, y abajo la nariz y la boca. Es como el vigilante que mira el parque, pero nadie le ha visto la cara.

–Vamos a tomarle a la Venus –dice Emilio. La *Venus durmiente*, la última de las esculturas de Botero, ubicada en el costado occidental, sirve para entretener deseos y ocultar delitos.

–¿Usted me había dicho que esas curvas eran como las montañas de Medellín?

–No, qué montañas ni qué nada. Eso es una gorda acostada.

–Ah, entonces creo que se lo oí a un arquitecto.

–Aquí les da por tomarse fotos sentados en ella o acostados entre las piernas. Le cogen los senos y le dan picos en la trompa.

En San Antonio, como en el resto de la ciudad, el norte es humilde, informal y arrebatado; en cambio, el extremo sur, separado de la plaza central por la calle Amador, donde quedan la Iglesia, la Alianza Francesa, la Empresa de Desarrollo Urbano (EDU) y un CAI de la Policía, es blanco, institucional y recatado.

–Si quiere vamos a la iglesia y tomamos una desde allá y usted cuenta la historia del parque del amor.

Pasar Amador es como cruzar el charco sin necesidad de visa, como encontrarse de repente en un parquecito de una ciudad europea, muy enjardinado, bien barrido y custodiado por vigilantes jalados por perros. A los visitantes, como a los inmigrantes, se les permite quedarse si se saben comportar.

Allí está la Alianza, donde una noche cualquiera se puede asistir a una exposición de arte y degustar una copa de vino gratis. La sala de exposiciones está al lado de una mediateca que podría ser la de cualquier biblioteca parisina. En el primer piso hay una librería con libros en varios idiomas.

La iglesia y el convento están rodeados de locales comerciales y oficinas de la EDU. Desde la plaza solo es posible ver la cúpula y los dos campanarios, que parecen flotar sobre las copas de los árboles. En el convento viven seis monjes franciscanos que se levantan todos los días a las 5:00 a.m. para rezar en comunidad, y a las 7:00 p.m. se retiran a sus habitaciones después de haber atendido el despacho parroquial y las eucaristías. Todos los días reciben a decenas de personas que buscan la intercesión de San Antonio, el santo de los novios y las cosas perdidas, y les piden ayuda para un mercado, conseguir trabajo, viajar al pueblo de donde vinieron desplazados.

Melaza en flor

De dónde vienen

Los negros del Parque San Antonio llegan de varios lugares, pero la mayoría provienen de una esfera geográfica cercana: la subregión de Urabá y el departamento del Chocó. También acuden allí negros nacidos y criados en Medellín, en barrios populares como Minuto de Dios, El Limonar, La Iguaná, donde los asentamientos de población negra han tenido raigambre.

Vienen de más cerca, de los costados del Banco de la República y del Parque Berrío, punto de reunión de la negrimenta antes de que se construyera el Parque San Antonio. Algunos todavía se congregan allí, sobre todo los sábados y los domingos se los ve transitar de un punto al otro.

Uno puede toparse con negros del Caribe y de las islas, lo mismo que con los de toda esa larga franja del Pacífico que sigue al Chocó. Sé que allí llegan negros de Cartagena y del nordeste de Antioquia. Yalí, Yolombó, Vegachí: en todos esos puntos de Antioquia vive gente negra. Desde allí los trae la riada de la migración.

Los distinguen los acentos, las fisonomías, las culturas, y en el parque se hace notoria esa exuberante diversidad dentro de la misma etnia. Negros gigantescos, negros chaparritos, negros de rasgos finos, negros de facciones bastas. Sí, un afro de Apartadó no habla igual a uno de Quibdó. También son distintos en espíritu, en catadura, en tonalidad. Miras a aquel y se te antoja isleño. Miras a este y te recuerda al samario. Reparas en el de más allá y piensas en el currambero.

El color que Ismael Rivera llamó “melaza en flor” salpica el paisaje humano de esas calles.

La conversa

La cultura afrocolombiana se da cita en el Parque San Antonio en la búsqueda de la integración étnica, tratando de reunir los fragmentos dispersos del espejo trizado de la identidad. Unos acuden a diario, pues tienen allí su lugar de trabajo. Otros van periódicamente, cada semana, cada mes, cada dos meses, estimulados por la necesidad de verse con los paisanos y los amigos. Es la ceremonia de la reunión. Como al llamado de un tambor íntimo, en una pradera mítica, acuden, se agrupan: en una jardinera, en un quiosco, en una peluquería, en un restaurante, en plena acera, ante una chaza. La palabra, la anécdota, el testimonio, el cuento, el blablablá, constituyen el motivo, la esencia, el lazo.

Entre ellos hay maestros, abogados, albañiles, lustrabotas, comerciantes, vagos. Unos se ven solventes, otros con cara de penuria; unos se ven cultos, otros aplebeyados. El sentimiento de unidad amalgama las diferencias. Es lo que se siente al verlos charlar en una jardinera, adueñados de un sitio que nadie les escrituró. “Venimos al parque a recordar”, dijo uno de ellos.

El baile

Viernes. Sobre Junín, en uno de los negocitos del parque, entre varios hombres que juegan cartas, está Jhoana. Es una negrona joven, rolliza, de voz jacarandosa. El computador del local suelta *Arroz con habichuela* de El Gran Combo, una jalea melodiosa que se derrama y se expande. De pronto, Jhoana rompe en grandes voces, llamando la atención, y se levanta. Empieza a bailar, a

contorsionar su cuerpo en ondulaciones sensuales. Cómo se mueve. Pareciera que invitara al sexo, a la lujuria, a un abandono sin nombre. Esto es solo una muestra de lo que pueden hacer los negros con sus cuerpos cuando bailan. En las discotecas que abundan en el parque se los ve bailar, además de salsa, vallenato, chirimía, champeta, reguetón, ritmos tradicionales.

Los sabores

La comida es otro lugar de encuentro. En los restaurantes y negocios se constata cómo la gastronomía de la cultura afro se ha trasplantado al parque. Allí encuentran los pasteles, los tamales, el guarapo, la chicha, el pescado, los mariscos, el sancocho, el arroz. En la comida se refuerza la identidad. Especializado en los sabores de la tierra, sobre todo en el pescado, uno de los restaurantes más frecuentados por los afrocolombianos está en los bajos que dan a Junín. De domingo a domingo confluye allí una gran clientela. Lo administra un hombre de melaninoso pigmento y calmosa apariencia. Ofrece, entre otras especies de pescado, bagre, bocachico, bravo, dentón, trucha, tilapia, jurel, salmón.

El servicio tiene también su ritual. Primero te traen los cubiertos, luego un consomé con arepa y torrijas de limón. De beber, puedes elegir entre limonada y jugo de borjón. La bebida se sirve, por lo regular, antes del seco, que traen sin tardanza, consistente en arroz con coco (si lo prefieres blanco, no hay problema), ensalada, patacones y, naturalmente, el manjar favorito, servido en una magnífica porción.

■



Parqueaderos de palomas

Don Óscar Bustamante lleva 32 años cuidando y sanando las palomas del Centro, en los parques y plazuelas Bolívar, Berrío, Botero, La Veracruz y Nutibara, y también las que le llegan de La Alpujarra, la Minorista, Boston, Prado y San Ignacio.

Para alimentar a sus aves don Óscar recibe cada mes seis bultos de maíz que le obsequia el municipio. Le duran dieciocho días exactos, y los siguientes doce tiene que levantarse él mismo la plata para sufragar otros cuatro bultos; cada uno vale 45 mil pesos. La mayor parte del dinero se lo donan gentes que lo conocen, amantes de las aves, y el resto viene de los escasos ingresos que percibe a diario en su chaza de cigarrillos y confites, ubicada en la esquina suroccidental del Parque Bolívar, junto a la caseta metálica atornillada al piso donde tiene su guardería de palomas enfermas, entre ellas unas negras extrañamente afectadas de la visión que han perdido uno o los dos ojos.

Todos los días del año sin falta, a las cuatro y media de la mañana, don Óscar llega a La Veracruz, saca el maíz para el día, les arroja puñados a las

palomas de la iglesia y luego distribuye el resto de los granos en la Plaza Botero, el Parque Berrío y la Plazuela Nutibara, y se va para su puesto en el parque de la Basílica. “Siempre que llego a mis parques y abro el talegado de maíz las palomas como que lo huelen a mucha distancia y vienen volando en bandada; me reconocen, me quieren mucho”. Y en diciendo estas palabras saca de su casetita varias bolsitas de maíz, arroja un puñado y llegan ellas, de todos los colores, marrones, grises, negriblancas, negriprofundas, y en un instante estamos rodeados de centenares de palomas llegadas desde ninguna parte o desde el cielo en un espectáculo inolvidable para el cronista.

“Como usted puede ver, vienen aquí palomas de todos los colores, de las llamadas abuelitas y torcazas que son las que más abundan, y muy escasamente las blancas puras, creo que ya hay muy poquitas en Medellín, ¡parece ser cierto que se las roban los satánicos metaleros para hacer exorcismos! Tampoco habitan por aquí ya las palomas rumanas, las gigantes, ni las abanicos ni las capuchinas ni las buchonas que parecen señoras platudas sacando pecho desde las patas hasta el pico, se fueron del todo

(...) La mayor satisfacción de mi vida, contra todos los malos tiempos, es recordar que he cuidado y sanado a miles de palomas en invierno y en verano, en Navidad y Semana Santa, domingos y festivos durante estos 32 años. Esto no es un *jobi* sino una vocación como la de los apóstoles de Cristo: puro amor y dedicación sin descanso, hasta que Dios me lleve”.

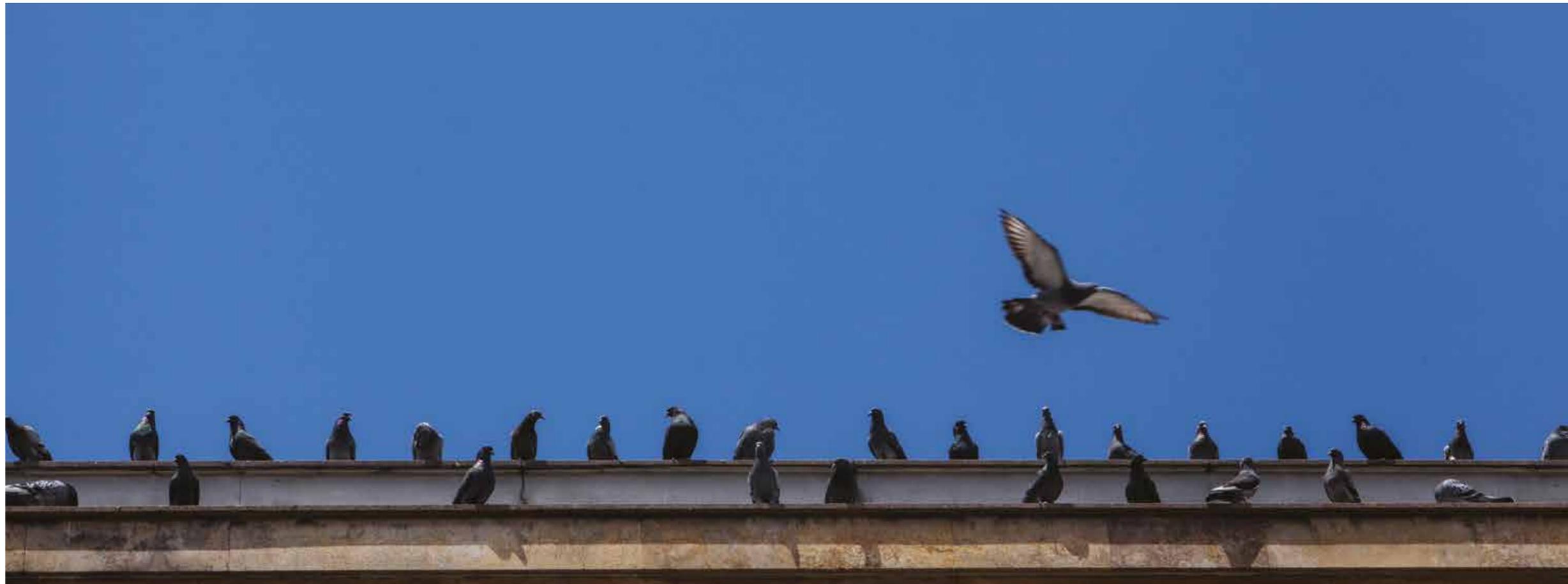
Para esta crónica el autor recorrió en orden y desorden los seis parques citados. Lo más impresionante fue ver la enorme bandada de palomas, amas de la Plazuela Nutibara, que viven en el inmenso parqueadero del extinto Club Unión, una mole de rojos ladrillos y columnatas. En ocasiones, cuando ven que llegan turistas para hacerles fotos y videos, se abalanzan sobre el exiguo prado de la plazuela en finísimas danzas aéreas, súbitas elevaciones, clavados en barrena, figuras helicoidales, círculos, óvalos. Tan sabias ellas, tan inteligentes. Dicen que las palomas de Berrío debieron unirse a estas porque en la iglesia de La Candelaria, tan limpia, tan blanca, tan impoluta y recién remozada, pusieron obstáculos a todo lo largo y ancho de la fachada, en los resaltos y en los bordes de los techos, molduras de aluminio para que las aves no puedan posarse. Ya solo aparecen allí cuando don Óscar o alguien más les arroja maíz.

Avanzando hacia la explanada de Botero, frente al Museo de Antioquia, apreciamos que los objetos de bronce se conservan perfectamente limpios sobre sus pedestales, quizá porque las palomas traviesas saben que no son esculturas sino eso, objetos hiperdimensionados a partir de los moldes en plastilina que tiene Botero en su taller italiano. Son pocas las aves posadas al ardiente mediodía en los escasos árboles del lugar. Se hacen notar las grandes palomas plásticas voladoras que un

diestro vendedor echa al aire mediante un diminuto artefacto de caucho; al recogerlas, vemos que no son palomas sino una astuta clonación de dragones chinos, faisanes, halcones y perdices, bien coloridas, que encantan a gentes de esta villa y a extranjeros de paso...

Pero las más inteligentes son las palomas de la Plazuela San Ignacio: les gusta “hacer sus cosas” sobre la cabeza y hombros de la estatua de Francisco de Paula Santander, el antagonista de Bolívar, mientras que los bustos de otros dos personajes ya desconocidos permanecen impecables. Aventuremos sin pudor que son palomas antisantanderistas, contrarias a las ideas del tristemente célebre “Hombre de las Leyes”, uno de los muchos neogranadinos que traicionaron a Bolívar cuando pretendió hacer de la naciente República un nuevo imperio, una dictadura férrea para este país de pícaros y bandidos (en esa época lejana, digo, no más...). Parece que las aves ignacianas hubieran leído las obras del filósofo de Envigado, Fernando González, bolivariano por excelencia. “Eso demuestra que las palomas son muy inteligentes y que tienen alma”, afirma don Óscar.

Otras palomas muy bien educadas y atentas son las del Parque de Boston, donde está la magnífica y detallada estatua de José María Córdova, obra del escultor Marco Tobón Mejía. Esta escultura permanece limpia como el alma del joven prócer, que también se atrevió a desafiar al seudoemperador Bolívar en 1829, cuya rebelión culminó en infame asesinato en El Santuario. En este parque las palomas tienen una fuente que funciona de verdad, resguardada con rejas eso sí, donde se bañan con sus pichoncitos.





Plazuela San Ignacio

Oasis en el Centro

1

En este lugar se ha preservado, de algún modo, nuestra historia. Recorriendo sus parajes podríamos remitirnos al sentido de la palabra oasis. De hecho, para quien camina por el Centro, vapuleado por el ruido y la polución, llegar a esta plazoleta significa respirar otra atmósfera. Es como si entre Pichincha, Ayacucho y Girardot, nombres que tienen que ver con la pólvora, el sable y los cañones de la República, surgiera de pronto un apacible himno académico o un ángelus susurrado por un coro franciscano, o una silva geográfica en la que los verdaderos protagonistas no son los hombres sino las ceibas y las palmeras. Y no es nada injusto comenzar con una ponderación de ellas. Las tres ceibas majestuosas dicen, a quien sea capaz de mirar hacia arriba, que al lado de la tosquedad humana siempre habrá un espacio para la dignidad vegetal.

Las dos palmeras, que enmarcan como cirios exuberantes la entrada de la iglesia de San Ignacio, fueron sembradas en el siglo XIX, y es posible verlas,

pequeñas, tiernas e ingenuas, en algunas fotografías en las que las fachadas de lo que es ahora el casco histórico del parque guardaban la sobriedad colonial y republicana.

2

Con la República instalada empezó a forjarse una educación laica en Medellín, y por ello Santander se tornó imprescindible. Pero esta educación no habría de prosperar mucho en la ciudad, habitada por los energúmenos y taciturnos conservadores de pura sangre, sino hasta bien entrado el siglo XX. El Colegio Franciscano, por los cambios sugeridos en el Congreso de Cúcuta y por ley santanderina, pasó a llamarse Colegio de Antioquia en 1822. Luego se hizo Colegio Académico, en 1837. Escuela Normal de Antioquia, en 1850. Colegio Provincia de Medellín, en 1853. Y más tarde Colegio del Estado, en 1860. Hasta que, en 1871, Pedro Justo Berrío lo bautizó Universidad de Antioquia.



Plazuela de San Francisco, 1875.

3

El siglo XX empezó en guerra y las edificaciones del parque se veían vetustas y en ruinas. Pero pasado el colapso vergonzoso de la Guerra de los Mil Días, Medellín se hundió en los aires de la renovación. El maestro Horacio Rodríguez, a partir de las viejas construcciones coloniales de piedra de canto rodado, barro, caña brava y adobe, concibió la arquitectura de lo que es hoy el Paraninfo de la Universidad de Antioquia y las fachadas del Claustro de San Ignacio.

Durante el siglo XIX las construcciones del parque, o se veían siempre inacabadas por la desidia administrativa, o derruidas por el paso atroz de la soldadesca en guerra. Pero en los años veinte del siglo pasado el parque adquirió otro semblante.

4

Hoy el panorama sigue siendo llamativo. El parque que para algunos es una plazoleta, y que antes se llamó San Francisco y José Félix de Restrepo, ahora es un lugar donde confluye una arquitectura variopinta. Está el flanco más importante, ese que ha sido declarado patrimonio nacional, en donde se levantan el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, el templo de Loyola

y el Claustro de San Ignacio restaurado magníficamente para el solaz de sus beneficiarios. Pero lo demás muestra esa vulgar modernidad típica de Medellín. Un feo edificio de no sé cuántos pisos y una sucesión de casas en las que hay cantinas, centros de salud y locales comerciales.

Iglesia de San Ignacio de Loyola

La antigua iglesia de San Francisco se construyó entre 1803 y 1809. Sin embargo, en 1927 pasó a ser el templo de San Ignacio de Loyola; cuarenta años después fue elevado a parroquia.

Potajes, cenizas, orín de caballo, sebo derretido y sangre corrieron por el altar y las naves de este templo. Eran años de guerra civil en Colombia y el edificio se había convertido en cuartel, depósito y pesebrera. Se dice que soldados desesperados se suicidaron en las gradas del altar y que en las pilas bautismales se dio de beber a los caballos. Profanación e inmoralidad en la casa de Dios que terminaron con la guerra, pues las autoridades eclesiásticas de Medellín reclamaron la propiedad y la obtuvieron en 1886. Ese mismo año les fue entregado el templo a los jesuitas, quienes antes de bendecirlo le aplicaron escoba, estropajo y mucha agua.

Para apreciar la parroquia de San Ignacio, en la plazuela del mismo nombre, hay que quedarse en silencio. Aun cuando no hay eucaristía, este

1793. Los padres franciscanos dieron comienzo a la construcción del conjunto conformado por colegio, convento y capilla. Para ello compraron un terreno en el barrio San Lorenzo, al oriente de la ciudad. Pero sería en 1803 que se pondría la primera piedra de lo que fue llamado Plazuela de San Francisco.

1810. Estalla la revolución de Independencia y se detienen los trabajos de construcción.

1822. El 9 de octubre el vicepresidente Francisco de Paula Santander decretó la creación del Colegio de Antioquia, que debía funcionar en el convento construido por los franciscanos. La iglesia también pasó a ser propiedad del colegio, y a partir de entonces el conjunto fue conocido como Plazuela del Colegio. El lugar se convirtió entonces en el primer núcleo estudiantil de la ciudad, y a sus alrededores comenzaron a abrirse nuevos colegios y casas para albergar a los estudiantes de afuera.

1823. Se concluyó el edificio del convento y se instaló allí el Colegio de Antioquia. Pero solo funcionaría hasta 1828, pues al año siguiente, durante la rebelión de José María Córdova, sería cerrado y serviría como cuartel por primera vez.

1871. Se ordenó establecer la Universidad de Antioquia en el edificio donde funcionaba el Colegio de Antioquia; este quedaría incorporado a dicha universidad. Sin embargo, para 1875 gran parte del edificio, ubicado sobre el costado de la calle Ayacucho, todavía era utilizado como cárcel.

1885. Los jesuitas fundaron el Colegio San Ignacio en el edificio del antiguo convento franciscano. La Universidad, por su parte, se estableció en los edificios ubicados sobre la calle Ayacucho.

1886. Con la instalación del colegio jesuita, el patrón de la plazuela ya no fue San Francisco sino el santo de Loyola, por lo que a partir de entonces empezó a ser llamada Plazuela de San Ignacio.

1913. Después de los continuos cierres y las ocupaciones militares de la Universidad, el rector Miguel María Calle encargó a Horacio Rodríguez la tarea de darle a la institución el edificio que merecía. Sobre la edificación de tapia surgió entonces el que hoy conocemos, de arquitectura ecléctica.

1916. Fue inaugurado el Paraninfo de la Universidad de Antioquia.

1922. Al cumplirse el primer centenario de la fundación de la Universidad de Antioquia se propuso la remodelación de la plazuela, de la cual se conservaron el obelisco, la estatua de Santander y los bustos de Marceliano Vélez y Marceliano Restrepo. Ese mismo año se remodeló la iglesia.

1970. Las dependencias de la Universidad de Antioquia que funcionaban en el Paraninfo se trasladaron a la nueva ciudad universitaria.

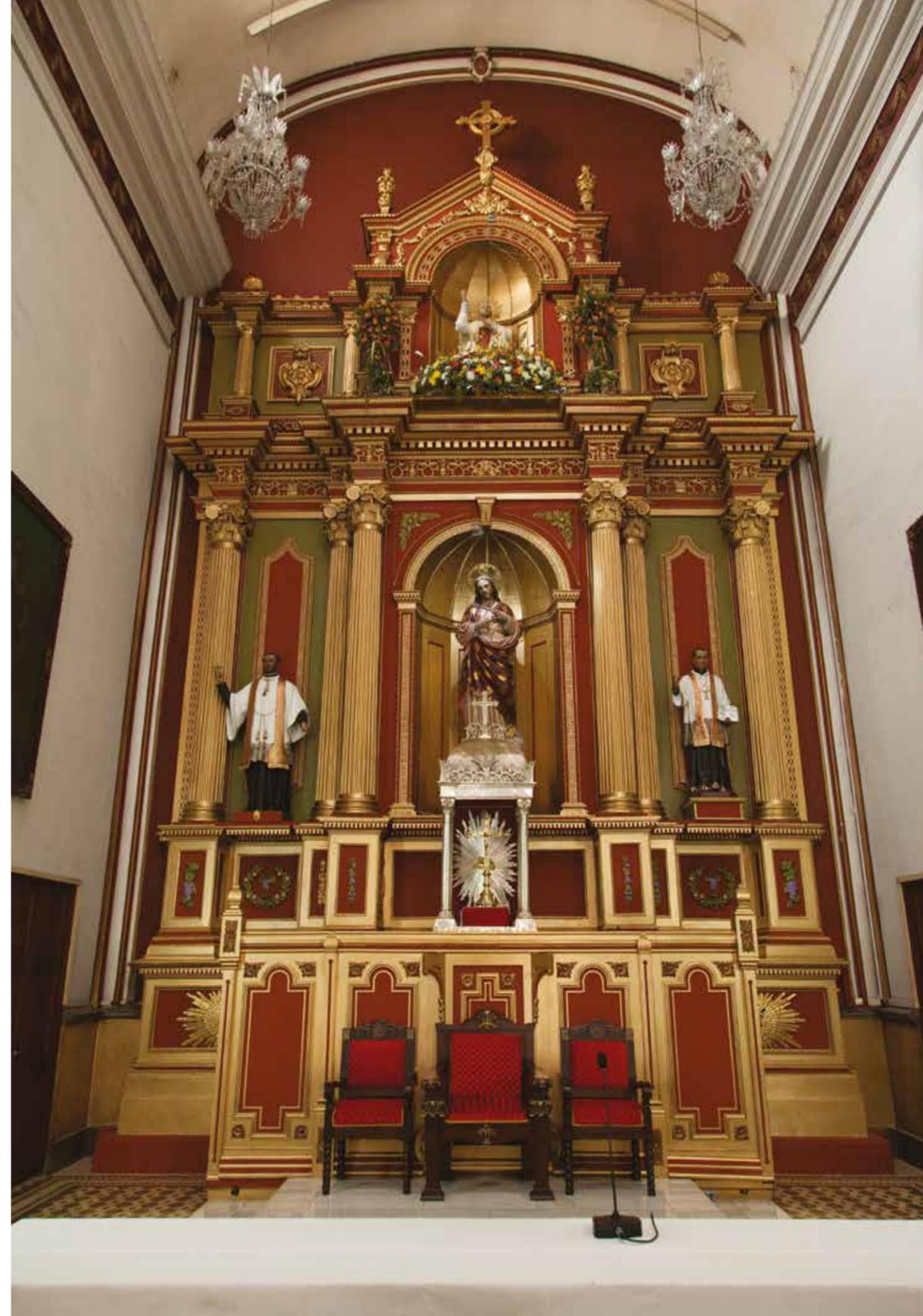
1982. Mediante la Resolución 002 del 12 de marzo el Paraninfo de la Universidad de Antioquia fue declarado Monumento Nacional. Cuatro años después empezaría su restauración.

1997. El 30 de mayo, tras doce años de trabajos de restauración, fue entregado el edificio del Paraninfo de la Universidad de Antioquia.

2003-2005. El Claustro de San Ignacio fue adquirido y restaurado por la caja de compensación Comfama.

2013. El conjunto arquitectónico, conformado por la Iglesia de San Ignacio de Loyola, el Claustro y el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, fue declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional.

2015. El paisaje y la dinámica del sector cambian con la inauguración del tranvía de Ayacucho, el cual bordea el costado norte de la plazuela.



templo está lleno de sonidos y murmullos. Quizás el más característico es el canto de los loros de la plazuela, que viaja por entre las tres naves, roza los techos y se devuelve cuando choca contra el altar. Al mismo tiempo se elevan las voces de los fervorosos que rezan el rosario en las primeras bancas de la iglesia, gentes que al terminar la misa o antes de ella se unen en el rezo a la Virgen María.

La iglesia de San Ignacio nunca está vacía, y cada una de las 31 misas semanales, veinte de lunes a viernes y once el fin de semana, goza de una asistencia cercana al centenar de fieles, visitantes asiduos y otros esporádicos. La feligresía proviene de las quince manzanas del barrio Bomboná, y no solo asiste a las misas sino que también participa en los bingos para el mantenimiento del edificio.

En esta iglesia saltan a la vista el altar mayor dorado y los altares de mármol en las naves laterales. Pero lo que tal vez pasan por alto los cientos de feligreses que día tras día ingresan a ella es su obra pictórica más valiosa: *El Viacrucis*. Los catorce lienzos de 3,5 metros por tres, pintados por el maestro antioqueño Gabriel Montoya en 1905, llamaron la atención por el tamaño, pues en esa época la gente estaba acostumbrada a las imitaciones de óleos de menor proporción traídos de Suiza y Alemania.

Dicen los expertos que estas pinturas son la obra más importante de Montoya, quien ganó la licitación concursando en franca lid con otro grande del arte en Antioquia, el maestro Francisco Antonio Cano.

La iglesia de San Ignacio también tiene figuras destacadas, como la del Sagrado Corazón, la Virgen de la Dolorosa, la Inmaculada, San Pedro Claver, Santa Teresita, el Santo Cristo y El Santo Sepulcro. Pero ante el que más se postran los fieles es San Ignacio de Loyola.

Visita a San Ignacio

I

La tranquila mañana de lunes se ve de pronto alborotada por un puñado de borrachos. Vienen por el lado de Pichincha, una callecita por donde baja una traicionera peregrinación de colectivos y taxis “bolita”, que por lo muda y vertiginosa es un peligro para los peatones distraídos. Entre los borrachos hay una mujer que le está contando la historia de su vida a uno de los hombres que la acompañan. “Póngame pues cuidado”, protesta ella cuando él se distrae para destapar de nuevo la botella, sin marcas ni distintivos, a medio llenar de un licor cuya transparencia es su mayor signo de aspereza.

Como San Ignacio es apenas una plazuela –un rectángulo que no pasa de los ochenta metros que tiene una cuadra por unos veinte de ancho–, los borrachos capturan la atención de medio parque y, por lo tanto, de la policía. Casualmente, en ese momento hay siete carros de la institución parqueados a lo largo del costado occidental, en Niquitao, una carrera más bien tranquila donde se levantan cuatro edificios residenciales de dos pisos y un par de casas antiguas que se usan como clínica. En los bajos de los edificios funciona una fonda –cerrada a esa hora–, una clínica dental, un parqueadero de motos y una sucursal de apuestas; completan la lista un punto de arreglo de teléfonos celulares, una oficina de correo, tres pastelerías y una prendería.



Al ver que el alboroto es producto del alcohol, y que es una de las mujeres la que grita, poseída por el delirio, los agentes bajan la guardia. Mientras tanto, los borrachos se desplazan desde la enorme ceiba que se levanta en el extremo sur del parque hasta las dos cabinas azules de baños públicos instaladas en la esquina.

II

Una herradura de tenderetes rodea San Ignacio el jueves en la tarde. Es una feria de artesanías que le agrega un poco de sándalo y cuero repujado al ambiente del parque. Entre las personas que pasan, las que venden y las que están sentadas en las bancas y sardineles que enmarcan los jardines, el lugar muestra una graciosa vida. No es que el parque esté atiborrado, al contrario, siempre se puede hallar un lugar para sentarse o para quedarse de pie sin sentirse acosado.

Además, a esa primera hora del crepúsculo hay una muestra de culta diversión. Junto a la estatua del general Santander, en todo el centro de la plaza, se presenta una obra de teatro. Un hombre y una mujer de edad madura interpretan una pieza de humor cotidiano que termina con la mujer persiguiendo al marido, machete en alto, por todo el parque, y una carcajada general da paso al aplauso final. Los actores se inclinan ante el

reconocimiento del auditorio. El hombre que hacía de marido se sienta junto a sus bártulos y comienza a desmaquillarse, mientras la mujer pasa recolectando en un sombrero la contribución del público. En ese instante, después de una respetuosa espera, una mujer de falda hasta los tobillos se apodera del centro de atención. Predica, con un megáfono, “la palabra de Dios”. Otras dos mujeres que la acompañan reparten propaganda de la iglesia a la que pertenecen, al tiempo que ella da un ultimátum general: “todos le tenemos que rendir cuentas a Dios”, dice. “Los mentirosos, los borrachos, los adúlteros y los afeminados, ¡convírtanse!”.

III

Si bien en el día se ven pocas familias, a las nueve de la noche el parque es más familiar que nunca. Las vendedoras de tinto y otras especies reciben a esa hora a sus hijos, quienes esperan jugando o bostezando mientras ellas recogen. Algunos vecinos sacan sus perros de paseo, y de los segundos pisos de los edificios bajan canastas atadas con cabuya que los últimos vendedores de papas fritas y obleas saben interpretar como religiosos domicilios.

Se oye, desde diferentes direcciones, la caída escandalosa de las persianas metálicas. Casi todos los negocios del lado residencial del parque

están cerrados. Solo funcionan la mencionada fonda y el parqueadero de motos. Las puertas de la iglesia están bien trancadas por dentro, y los edificios vecinos, universidad y claustro, dejan salir gota a gota a sus últimos empleados. Una llovizna comienza a caer y moja las secas bifloras que rodean los bustos conmemorativos, mientras personajes de costal revuelven con paciencia los basureros públicos.

Un club a la intemperie

La Plazuela San Ignacio es la sede de un informal club de ajedrez al aire libre desde hace más de quince años. Un club excéntrico y a la intemperie, casi tácito, pero club al fin y al cabo. En lugar de mesas tiene los bordes de las jardineras. En vez de directivos y afiliados, tiene fieles y obsesivos. Y a falta de vitrinas con medallas y trofeos, hay memorables maratones de ajedrez y triunfos en torneos metropolitanos. No tienen ni siquiera un nombre... Pero tienen la plazuela, que para efectos prácticos es toda una sede, y se tienen a ellos mismos y a quien se quiera sumar. Y eso parece suficiente.

De las once jardineras que tiene la plazuela, los jugadores suelen tomarse las cuatro o cinco del lado sur. También acostumbran hilar un juego

tras otro, sin pausa, como quien prende el siguiente cigarrillo con el que se está terminando de fumar. Algunos dúos juegan aislados, pero la mayoría conforman pequeños grupos de dos o tres tableros con sus respectivos espectadores, por lo general contendientes en espera de un turno.

Aunque se recuerdan apuestas de hasta 200 mil pesos, en la rutina, cuando las hay, suelen ser de mil o dos mil. Ha habido quienes apuestan el tablero, el reloj, el celular. “Pero lo mejor es jugar sin apostar”.

Los tableros “profesionales” son de lona delgada, enrollables, con casillas bien estampadas, verdes y blancas. Las columnas van marcadas del 1 al 8, y las filas de la A a la H. Los que no cumplen estos requisitos se consideran chiviados o de segunda clase.

Se juega todos los días, desde la mitad de la mañana hasta pasada la media noche, según el tiempo disponible, los ánimos o el clima. Los domingos y festivos no faltan dos o tres tableros, y entre semana puede haber diez, quince o más. Hubo un tiempo en que la policía expulsaba a todo el mundo del parque a las diez u once de la noche, pero ahora dejan tranquilos a los ajedrecistas y varios miembros de la fuerza pública juegan cuando están en vacaciones o en días de descanso.

Pan y parque

En cada uno de los parques hay un artesanado culinario, con una variedad de propuestas ora cocinadas, ora al natural. Carretillas que semejan bodegones para almanaques de publicidad con chontaduros, mandarinas, aguacates, mangos, bananos y las famosas “fresas de Oriente”: fragmentos ambulantes de la plaza de mercado.

La contemporánea Plaza de Cisneros no tiene todavía habitantes arraigados, es ante todo un lugar por donde cruzan diariamente miles de

personas con destino definido. Sobre San Juan, frente a La Alpujarra, hay dos puestos de frutas acreditados por el tiempo, única oferta informal de comida que ofrece la plaza.

El Parque Berrío es la pepa; allí llega todo el mundo y el que no llega fue que se pasó. Este parque tiene la mayor oferta de ventas ambulantes de comida de la ciudad, además de una contundente variedad de cafeterías, restaurantes, panaderías, asaderos de pollo y pizzerías. Los almuerzos a dos

mil que venden frente al atrio de La Candelaria son el sello del parque. La modalidad “recién servido” es la más exitosa con su carta de sudado de pollo o carne, papa, yuca, arroz blanco, ensalada y jugo. También funciona en el parque una ingeniosa empresa con una flota de vehículos acondicionados y ubicados en esquinas estratégicas, que ofrecen hamburguesas, perros y pizzas con un nombre más que apropiado: El Trío Paisa. Asimismo están las vitrinas con jugos, algunos de sospechosos colores fluorescentes –verdes, fucsias y naranjas–, y otros lechosos de guanábana y ponche. El mango biche de un verde estallado y el chontaduro entero o preparado con miel aparecen en cada esquina, así como las gelatinas blancas empolvadas que se exhiben junto a los buñuelos. Además, recorren el parque heladeros que ofrecen chococono a 500. Pero el producto más popular es el tinto o perico de termo. En la noche, cuando la pachanga está en todo su furor, llegan los asaderos ambulantes que aportan un olor a carne digno de cualquier fiesta. La escena termina con la fritadora de empanadas a los pies de Pedro Justo Berrío, quien con un gesto dócil parece dar su aprobación a todo cuanto ocurre alrededor.

En la Plaza Botero la oferta de mecató y comida está definida por la demanda de los turistas. Allí pululan las carretillas con todo tipo de frutas, los dispensadores de jugo, los vendedores de helados y, ni más faltaba, los de tinto. Por supuesto, se venden también crispetas, guarapo y salpicón. Para aquellos hastiados de las carnes abundantes de las esculturas de Botero está Govindas, templo Hare Krishna con vista a La Veracruz; y para el oficinista clásico hay todo un surtido de corrientazos y típicos en los almorzaderos de Calibío. La Cevichería Miramar ofrece sus poderosos reconstituyentes en el sector de la Plazuela Nutibara, jugos y malteadas con poderes afrodisíacos que se anuncian entre el ruido de las licuadoras.

En el Parque Bolívar está La Estancia. Allí la oferta diaria consiste en arroz, fríjoles y presa de carne a gusto del comensal; el módico precio de cuatro mil pesos saca de hambrunas a una horda de secuestrados por la pobreza. Un grupo de mujeres choconas se ubica sobre el andén de la calle Caracas frente a sus tiznadas hornillas, donde ofrecen, a granel y en cantidad, chuzos y carnes asadas. En el parque sobrevive el viejo espólón de Ostras Marbella y la pastelería Santa Clara. Para quienes buscan postres ambulantes están las crispetas, el copito de nieve, el coco dulce, las panelitas y, si se trata de perderse un poco, los *brownies* de marihuana que se ofrecen en el popular Sanalejo.

El Parque de Boston tiene una enriquecedora oferta de mecató que va desde lo más clásico: algodón dulce, pirulíes, solteritas, obleas con arequipe, gelatinas blancas, cremas de coco, melcochas, empanadas, papas criollas, helados; hasta lo más contemporáneo: panzerottis, salchipapas, chuzos, nachos y pizzas.

En la Plazuela San Ignacio la oferta de comidas y de mecató ha sido una vieja costumbre; la razón es sencilla: en ella y sus alrededores funcionan todo tipo de institutos, colegios, academias y universidades, con una población estudiantil ávida de saciar el hambre que produce asistir a clase. Famosas fueron las vendedoras de arepas venidas desde Santa Elena y La Toma, y las de buñuelos y pandequesos; famosos son los carritos de viruta de mango biche y las carretillas de piña, papaya y sandía; y también lo son las arepas asadas con queso de dudosa procedencia que impregnan la atmósfera por varias cuadras a la redonda.

Quien quiera disfrutar de la cocina del pacífico debe acercarse al Parque San Antonio donde abundan excelentes restaurantes con recetas de diferentes lugares del litoral: atunes de Bahía Solano, sancochos de carne *salá* de Buenaventura, muelas de cangrejo y atollaos de camarón de Tumaco, guiso de muchillás de Juanchaco, tamales de plátano verde y camarón de Guapi.



Parque de Boston

El parque de una sola batalla

El Parque de Boston, sembrado en la cuadrícula que forman las calles Perú (55) y Caracas (54) y las carreras Giraldo (39) y García Rovira (38) nació entre las fincas de recreo que un puñado de medellinenses acaudalados habían levantado en las vegas de la quebrada Santa Elena, y hoy sigue siendo un remanso de verdura.

Las tierras en que se erigió el barrio Boston eran de Vicente Benedicto Villa, un lugareño acomodado. Tras la muerte de este patricio en los primeros años del siglo XX sus hijos no dudaron en retacearlo y convertirlo en lotes para la venta. Germán Villa fue el más avisado de todos los herederos: no solo fue el primero que adecuó su retazo para la urbanización, sino que cedió al municipio de Medellín un amplio cuadrado de tierra para que, con su fecundo erario, construyera una plaza. Villa tan solo se reservó el derecho de adjudicarle nombre: la llamó “Plaza de Boston”, con la intención de rendir homenaje a la ciudad norteamericana donde había vivido como estudiante.

El colegio

Las rutinas del parque dieron un giro definitivo en 1938, cuando en la casona que lindaba con el templo se abrió el Colegio Salesiano El Sufragio. La idea era formar y reclutar almas para vestir los hábitos de la comunidad, cuyo seminario estaba en Mosquera (Cundinamarca). Al principio solo se abrieron los primeros tres grados de la primaria para 113 niños, pero muy pronto creció el rebaño y fue necesario implementar reformas materiales en los viejos edificios.

Una parte de la casa curial fue demolida en 1948 para dar paso al patio de recreo, y poco después, en 1952, la fachada de la casona fue reformada por completo para albergar los nuevos pisos requeridos por el boom del colegio: había comenzado a ofrecerse el bachillerato, cuyos primeros egresados se graduaron en 1957.

Iglesia de Nuestra Señora del Sufragio

Construida entre 1908 y 1920, fue elevada a parroquia en 1922. En 1997 se inauguró un mausoleo para las cenizas de los salesianos difuntos.

En 1926 el pintor belga Georges Brasseur, ya consagrado en su tierra, armó maletas y vino a dar a este pueblo, convencido, por no decir engañado, de las posibilidades artísticas y económicas de Medellín. Su mala situación matrimonial le dio el último empujoncito para decidirse a viajar. Brasseur llegó a ganarse el pan como director y docente de la Escuela de Pintura y

Escultura del Instituto de Bellas Artes, y entre los muchos encargos que aceptó están las catorce estaciones del viacrucis de la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio. Sus grandes óleos, distribuidos por todo el templo, son quizá la obra más valiosa de esta iglesia, junto con los 48 vitrales instalados en 1944.

La iglesia del Sufragio es imponente por su pulcritud exagerada, sus altares impecables, los ramos de flores en algunos santos, sus columnas utilizadas como soporte de televisores... Por eso la comunidad de la parroquia, unos veinte mil habitantes del barrio Boston, se siente orgullosa. Aquí las 48 misas semanales siempre se llenan, de cien feligreses para arriba, en su mayoría ancianos. Debido a eso, por más que el párroco haya tratado de quitar al menos una para alivianar el trabajo, no ha podido. La nutrida asistencia a esta iglesia le permite contar con recursos suficientes para entregar, cada mes, 150 mercados a familias pobres del sector, y ayudas económicas para medicamentos, transporte, techo y estudio.

Desde sus inicios, el espíritu colaborativo se ha notado en esta parroquia. En 1908, cuando en el terreno donado por Juan Bautista Isaza se proyectó la iglesia, la comunidad se concentró en recoger fondos. A la colecta llegaron lotes para vender y rifar a favor del templo. También se hicieron talleres, se alquilaban libros, se vendieron sufragios; hasta se hizo campaña para los que quisieran donar una de las doce columnas, a doce pesos la unidad. Así fue que se puso la primera piedra en 1909.

La iglesia, que celebró su primera misa en 1917, hoy bautiza más de 200 niños al año y bendice unas cincuenta parejas para que los sigan engendrando.

Un parque de barrio en el Centro

1

A esta hora el parque respira tranquilo, se camina con espacio y se oye el canto de pájaros y loros; está habitado por estudiantes, algunos vecinos con sus perros, vendedores ambulantes y señores como Alberto, canoso y ventruado, de traje gris.

Su corbata roja se balancea cuando camina alrededor del parque. Es el mediodía de un jueves con cielo despejado y ambiente fresco gracias a la sombra de una cincuentena de árboles de especies variadas, urapanes, tronadores, almendros. Los puestos de helado, mango biche, solteritas y copitos de nieve se instalan en las afueras del colegio El Sufragio a la espera del timbre de salida y la horda de muchachos con morral al hombro.



» Calle Caracas, 1920.



» Iglesia de Nuestra Señora del Sufragio.

Luz Piedad atiende su chaza. Vende cigarrillos al menudeo y golosinas mínimas: chicles, confites y mentas; trabaja en el parque desde 2010. “Es muy calmado, no hay peleas”, dice la mujer, que ahora conversa con don Armando, de 74 años, un jubilado que permanece acá desde por la mañana hasta las dos de la tarde. Ambos saben que en cualquier momento llega el gerente de la oficina. Sí, porque en el Parque de Boston, al aire libre, dicen Luz Piedad y don Armando, existe una oficina: de la verja que rodea uno de los jardines cuelga su placa negra de acrílico. Reza, con letras amarillas: “Of. 001 CONSULTE SU CASO”. Funciona en el parque desde el 6 de septiembre de 2011, según palabras de su fundador, Carlos Monsalve, un vendedor de tinto ambulante que dedica las tardes a la charla libre y espontánea con los personajes que se acercan.

2

Es un soleado lunes festivo y el Parque de Boston es una ensalada de personas de todas las edades. Las familias pasean, los grupos de amigos mecatean o se reúnen en alguna jardinera, los perros se escapan de sus amos para jugar y dos glotonos apuran el montaje de un fogón. Aunque los ancianos se apropian de las sillas individuales, algunos con crucigrama en mano, el fin de semana los niños parecen ser los dueños del parque; en la esquina que da a la calle Caracas, media guardaría nada en una piscina de pelotas dentro en un remolque. También está parqueado, a punto de arrancar, un tren con vagones en forma de elefante y una cabina *carevaca*. Los últimos niños abordan y le agitan la mano a sus padres. El ambiente está impregnado de alborozo infantil gracias a la miniciudad de hierro que funciona viernes, sábados y domingos



en este punto del parque. Dos niñas comparten asiento en una pequeña rueda de Chicago, de tracción manual y sillas de plástico metidas en unas especies de jaulas. Al lado está el giroscopio, diversión de la que todos dicen bajarse mareados. A unos metros están las lonas de brinquitos y el castillo inflable donde los chicos saltan y se totean las cabezas. Ninguno llora. Otros gritan de emoción montados en un tiburón que se mece feroz como un péndulo.

Cristian es un flaquito de doce años; lleva una jíquera terciada, viste bermudas y calza Crocs sin medias. Trabaja en la flota de carritos o jeeps enanos que le dan vuelta al parque, y su labor consiste en tirar de los vehículos. “A mil la vuelta, tres vueltas por dos mil”, les dice Cristian a los padres que se acercan con sus hijos antojados.

3

El Parque de Boston está en todo su esplendor. Es sábado de feria y hace buen clima. Desde antes de llegar se aprecia el ajeteo familiar alrededor de las atracciones infantiles. Frente al colegio El Sufragio hay diecisiete puestos de artesanos, y así en cada costado hasta sumar casi sesenta toldos con venta de ropa, adornos, artesanías, juguetes, dulces y comida típica.

Un lustrabotas, con su caja adornada de estoperoles dorados, le embetuna los zapatos a un anciano. Madres y parejas pasean bebés en coches; novios caminan cogidos de las manos; transeúntes atraviesan el parque con bolsas y paquetes; se oyen risas y gritos de felicidad pàrvula; se ven colegiales, jóvenes y abuelos jugando ajedrez. En el parque hay cada vez más gente y los perros corretean por todo lado. Al murmullo general se suman los rugidos de los buses que pasan por la calle Perú y paran en la esquina de un pomarroso, donde las hojas acarician sus capotas.

Una señora le prende fuego a una servilleta y la anida entre carbones. Faltan diez minutos para las seis de la tarde. Los puestos de comida se arman poco a poco. El humo se expande con olor a leña, a empanada, a chorizo, a chunchurria. Ante el panorama no hay discusión: todos le sacan jugo a este parque.



1906. El Concejo de la ciudad dictó un acuerdo para la construcción de una fuente pública en el centro de la plaza del recién fundado barrio. En dicha pila se bañaban los niños del sector cuando sus mamás no podían llevarlos hasta la quebrada Santa Elena para el aseo matutino.

1916. El barrio contaba ya con alumbrado público y luz eléctrica (apenas dos bombillas por casa), el agua era poca y llegaba en tubos de barro sin presión y sin haber sido tratada. Las aguas negras corrían desde cada casa por atadores que desembocaban en la quebrada más próxima.

1922. En una esquina de la plaza (Perú con García Rovira) se dispuso la primera estación de la línea Sucre del tranvía municipal. El pasaje costaba 0,05 centavos, pero obreros y estudiantes pagaban solo 0,02.

1927. Se inauguró, en el centro de la plaza, la estatua en bronce de José María Córdova del artista Marco Tobón Mejía.

1951. Abrió sus puertas el restaurante Manhattan, fundado por don Roberto Bedoya R. Las grandes atracciones del lugar eran las empanaditas, las sabaletas y, cómo no, la música: bambucos, tangos, sinfonías y zarzuela. En las mesas del Manhattan preparaban sus exámenes los futuros bachilleres.

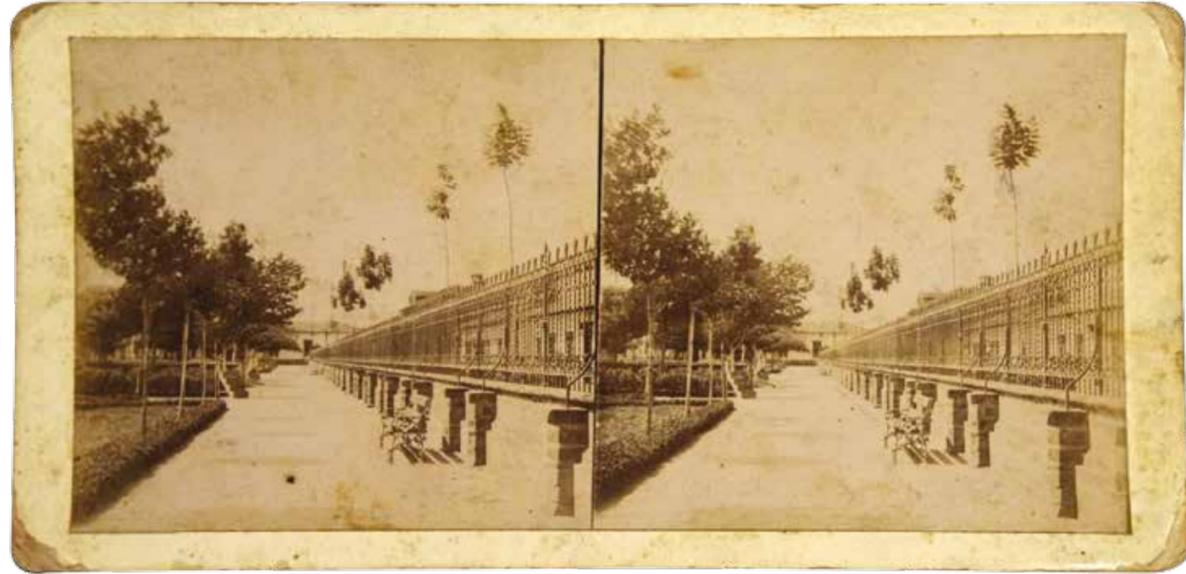
2010-2012. La demolición de tradicionales casas de un piso y la construcción de dos torres de apartamentos en los alrededores del parque cambiaron el paisaje del sector.

2010. El 24 de julio fue inaugurado el Parque Bicentenario en la esquina suroccidental del parque, detrás del Teatro Pablo Tobón Uribe. Llamado así en conmemoración de los 200 años de la independencia de Colombia, hizo parte del proyecto de recuperación de la quebrada Santa Elena.

2011. La Alcaldía de Medellín entregó el Museo Casa de la Memoria, ubicado en el Parque Bicentenario.



Parque Bolívar



» Parque Bolívar, 1890. »

Promesa de una villa nueva

El viejo casco de Medellín hervía entre el desaseo y la fetidez: las casas y tenduchas no tenían acueducto ni alcantarillas; los desagües eran las calles y los camellones sin piedra; el solar de las grandes casas servía de depósito de las cacas hogareñas y la basura semanal. Como aquello no podía eternizarse, la solución se ofreció cuando los del *blanquerío* pensaron en una villa nueva, opuesta a la vieja villa.

El londinense Tyrrel Moore –dicen que era presbiteriano– quiso pagar los favores recibidos en la Nueva Granada y donó un terreno para que se levantara en medio de sus mangas un parque y un templo cristiano, que es hoy la muy católica Catedral de Villanueva.

Así nació, pues, el barrio Villanueva, con calles, catedral y Plaza de Bolívar, que al ser trazada, arborizada y embellecida se convirtió en el Parque Bolívar. La donación del ingeniero inglés se firmó ante notario el 9 de mayo de 1857.

Catedral Basílica Metropolitana

Aunque su construcción fue decretada en 1871, la orden se cumplió entre 1874 y 1931. Recibió el título de Basílica Menor en 1948, y en 1952 fueron renovadas sus campanas, altares y confesionarios. Declarada Monumento Nacional en 1982.

Tras bastidores, las misas ordinarias en la Catedral se preparan rápidamente.

Los sacerdotes entran de civil a la sacristía y en segundos salen de blanco celestial rumbo al altar. El sacristán se ocupa de la biblia en el atril y del recipiente con las hostias; otro empleado hace el último ajuste del incensario. Si la celebración incluye al arzobispo, el templo se atiborra de flores y la misa empieza más puntual que nunca. Pero no importa quién comande la misa, si uno de los cinco canónigos, el párroco o el arzobispo,

la Catedral Metropolitana siempre exhibe ese aire solemne del que parece estar impregnado hasta el más recóndito de su millón 120 mil ladrillos.

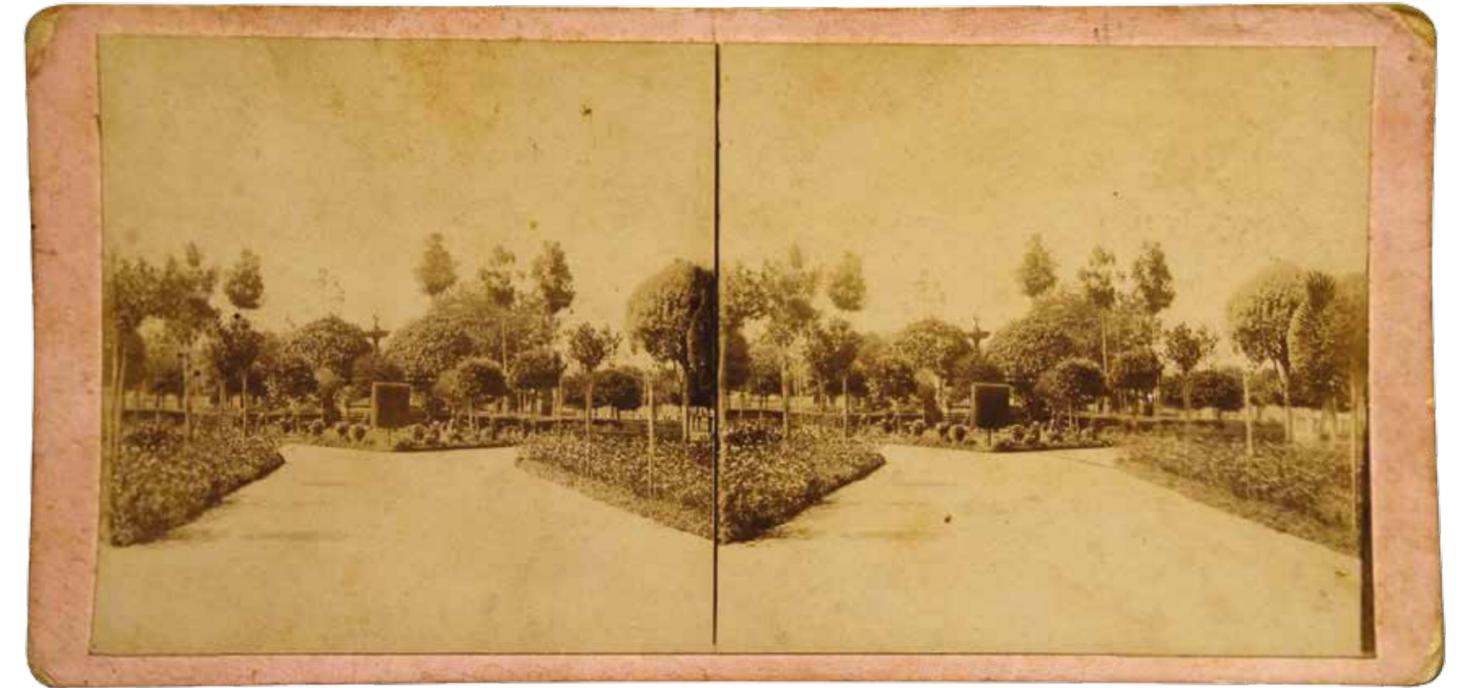
No se sabe con certeza cuánto fue el dinero total invertido en este edificio. Mientras unos autores hablan de 600 mil pesos, otros le apuntan a dos millones. Lo que sí consta es que las vidrieras costaron veinticinco mil pesos; los altares y el comulgatorio, 45 mil; el púlpito de mármol, cinco mil; las doscientas bancas, cinco mil; y las sillas donde ponen sus posaderas los curas, sesenta mil.

En sus crónicas de *Medellín en 1932*, Enrique Restrepo Jaramillo cuenta que la plata la reunieron 241 personas con aportes que variaron entre cien y mil 250 pesos, entre una semana de trabajo y mil adobes, y entre un real mensual y “lo que pueda en dinero y servicios”, que fue el ofrecimiento de don Manuel Uribe Ángel. Es de suponerse que, con tan buenos fieles, las indulgencias no faltaron.

En la iglesia más importante de Medellín, orgullo de sus parroquianos, hoy se consumen al año 72 botellas de vino y unas 250 mil hostias, se queman veinticuatro kilos de incienso granulado y se ejecutan mil 924 misas. Además, se realizan alrededor de sesenta bautizos, cuarenta exequias, veinte primeras comuniones y diez matrimonios.

En contraste con la visibilidad de la enorme Catedral, desde la que antes de tanto edificio podía divisarse la extensión de este valle, está el museo de arte religioso, en las entrañas del templo, donde se guardan lejos de los ojos mundanos cuarenta pinturas y quince esculturas de los siglos XVII, XVIII y XIX. Un poco menos ocultos se encuentran el mausoleo de los obispos y la cripta donde están los restos del escritor Tomás Carrasquilla.

Por fortuna, a los ojos de los simples mortales sí están *El Cristo del perdón*, óleo de Francisco Antonio Cano, su obra religiosa más destacada, y la escultura *Jesús crucificado* del también antioqueño Bernardo Vieco Ortiz.



1870. Se hizo la primera organización de la plaza con base en un plano diseñado por estudiantes de la Escuela de Minas. El terreno había sido nivelado, pues en el centro tenía un montículo; se habían sembrado los primeros árboles, algunos de ellos eucaliptos, cuyas semillas había traído Tyrrel Moore de Australia. La plaza estaba enmarcada por casas de un solo piso, de tapia y tejas de barro, y en la esquina suroccidental, en el cruce de la carrera Venezuela y la calle Caracas, había una de dos pisos, la de Pastor Restrepo.

1888. Se ejecutaron los planos y se trajo de Europa una verja de hierro que fue montada sobre muros de adobe cocido para rodear la plaza.

1892. El 12 de octubre se inauguró el renovado Parque de Bolívar. El acto contó con la presentación de la Banda Departamental, lo que dio inicio a la tradicional retreta dominical del parque.

1900. Se dispuso en el centro de la plaza una fuente de bronce que costó cinco mil pesos. Fue traída de Nueva York por Alejandro Echavarría.

1906. La Sociedad de Mejoras Públicas dotó al parque de un quiosco para las retretas.

1923. El 7 de agosto se inauguró la estatua de Bolívar en el lugar donde antes estaba la fuente. Costó catorce mil pesos. La fuente fue trasladada al Hospital San Vicente de Paúl, donde aún se conserva.

1933. Se suprimió la verja de hierro que rodeaba el parque y en su lugar se construyó un malecón de cemento.

1947. Fue inaugurado el Teatro Lido, allí se presentaba lo mejor del cine internacional, así como importantes concertistas del mundo.

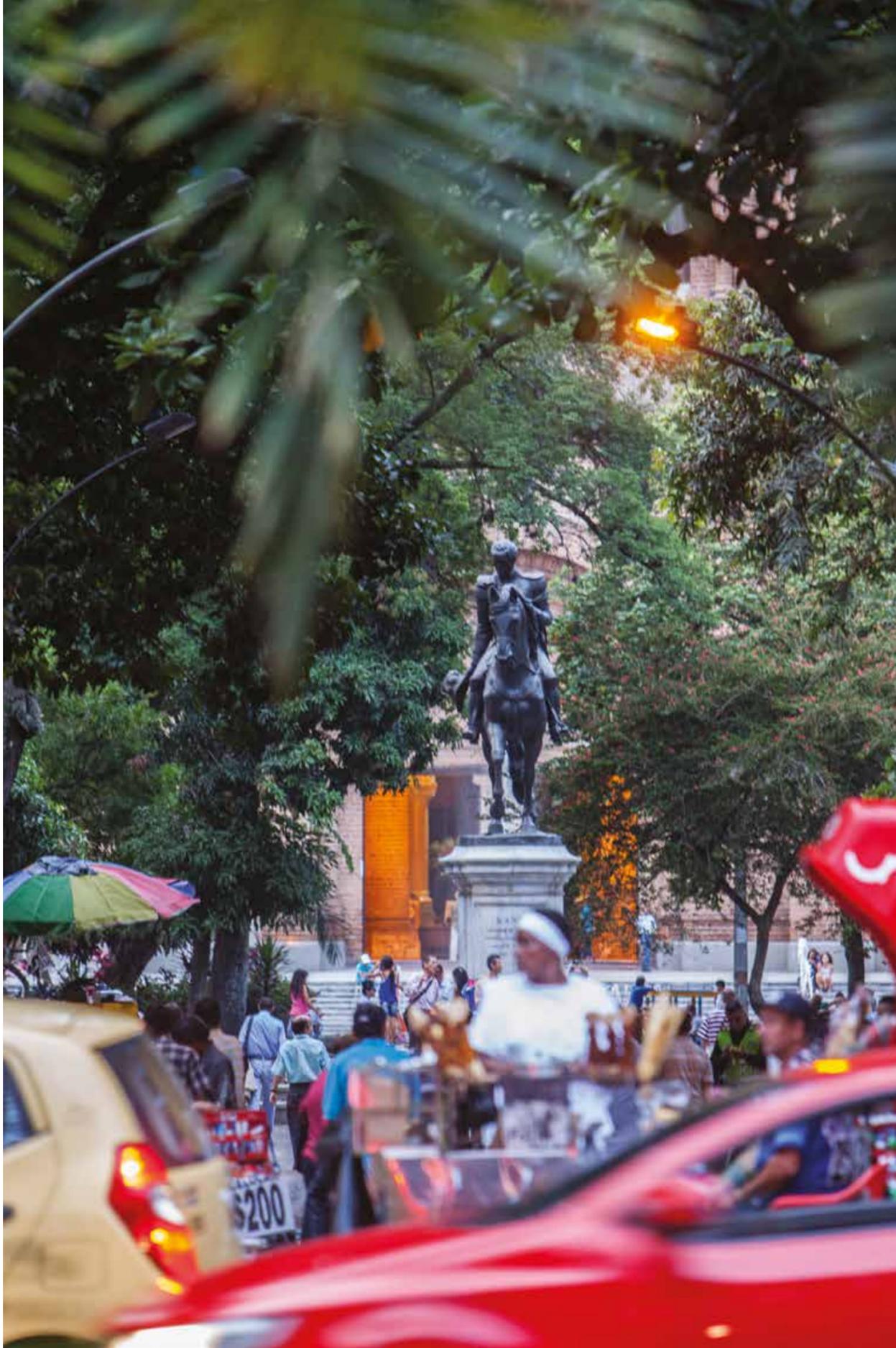
1965. Los hermanos Pineda abrieron el restaurante La Estancia en el que fuera el patio de la casa de Pastor Restrepo.

1968. Se integró el parque con la Catedral mediante la peatonalización de la calle que pasaba por el frente del atrio. En el lugar donde antes estaba el quiosco de cemento para las retretas, Empresas Públicas instaló una fuente luminosa que costó un millón de pesos.

1974. Se llevó a cabo por primera vez el mercado de Sanalejo.

1988-1990. El parque tuvo una remodelación parcial, se embaldosaron los senderos, se cambiaron los drenajes, se pusieron instalaciones eléctricas subterráneas, se talaron algunos árboles y se redujo la altura de las rejas que rodeaban las zonas verdes. El parque fue entregado el domingo 23 de septiembre, en un acto que contó con la retreta de la Banda Sinfónica de la Universidad de Antioquia.

1997. El Teatro Lido fue declarado patrimonio arquitectónico de la ciudad y pasó a ser propiedad de la administración municipal de Medellín.



El parche de Bolívar

Unas breves charcas han quedado del aguacero de la medianoche. El traqueteo de una carreta vacía cruza el parque desde la calle Ecuador hacia Perú. En las bancas yacen a pierna suelta algunos indigentes. Transeúntes a paso apremiante pasan: empleados de banco, meseras de cafeterías, dependientes de almacén y celadores.

La mañana avanza con un sol primoroso que alegra a la colonia de pericos bronceados y cotorras carisucias que trinan con bullicio en las copas de los balsos y las palmas. Martha Lucía Duque tiene, en cambio, un puesto fijo de dulces, cigarrillos y café que se ganó por sorteo del municipio.

En torno a este ventorrillo se ha formado un club de parqués que recorre casillas desde hace veinticinco años. Los tres miembros honoríficos llegan sin falta a las diez de la mañana: doña Griselda Espitia, una jubilada que vive junto al parque, Óscar Alzate, de profesión desconocida, y la propia Martha. A veces el juego se interrumpe porque le toca tirar a ella y en ese momento está ocupada despachando un tinto o un cigarrillo.

Juegan hasta bien entrada la tarde, cuando llegan grupos de apostadores duros. Y dado que estos tiran a los dados sumas serias, sus rostros se ven tan graves que aquello ya no parece un juego de parqués sino de ruleta rusa.

En los ochenta rumbaban por aquí las gavillas de gitanas. Te salían al paso para leerte el destino en la mano. Nadie sabe adónde les llevó su suerte. Ocuparon su lugar varias señoras que dicen leer el tabaco aunque lean el cigarrillo. Un habitante de la calle recomienda a doña Rosa Cadena, indígena del Putumayo, de piel lustrosa y labios ajados que repinta con colorete. Ella se sienta en el sardinel explayada en anchas ropas de matrona de aldea y collares de Sibundoy. La rodean un par de asistentas que tienen la labor de agitar de arriba a abajo dos atados de cigarrillos. Mientras las brasas se consumen van quedando en la ceniza los signos del porvenir. Una clienta pregunta en voz baja si su hermano va a conseguir trabajo; Cadena mira las figuras humeantes y entre nubes de nicotina le augura lo mejor. Remata con una tos definitiva al momento de recibir su exigua paga.

Este es el parque de los encuentros furtivos y de los otros. Se encuentra el hombre casado con la amante que en el barrio no puede ver, el primo con la prima, la hija con su padre divorciado, el anciano licencioso con un vigoroso efebo, los albañiles en día de pago, los soldados recién salidos del cuartel. Muchos habitantes de barrios

cercanos vienen aquí porque allá en las cumbres no hay parques como este, con búcaros y gualandayes, balsos gigantes, ceibas de sombra fresca, con guacamayas de rebusque y loras itinerantes.

Sanalejo

El primer sábado de cada mes el parque huele a herbolario, a chorizo y chunchurria, a incienso y marihuana, a berrinche y pachulí. Los habituales del lugar se repliegan hacia otros sitios del Centro para dar paso a los vendedores de antiguallas, sopladores de vidrio, chamarileros, talladores de piedras, filigranistas, talabarteros y sahumeristas. Más que un mercado de las pulgas es una feria de bisutería, en cuyo río revuelto también pesca un vendedor de plantas suculentas en miniatura, un hacedor de pompas de jabón y don Lino, que pone a bailar una muñeca mecánica con canciones granuladas de gramófono.

Teatro al aire libre

La retreta

Ignoro cuánto hace que existe la retreta dominical del Parque Bolívar. Tal vez venga desde los comienzos mismos de este (no tengo a mano la fecha de su inauguración), que fue en todo caso el nuevo escenario para ese evento musical, antes realizado en el Parque Berrío. En sus años iniciales el Bolívar estuvo cercado por una verja de hierro, y en su centro, para acoger a la banda, se erguía un quiosco o gazebo, como nos lo enseñan las viejas fotografías de ese entorno.

Elkin Obregón, *Crónicas*, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2013.

La Danny

Danny es la última hada que le queda a esta ciudad sin hadas. Vende cigarrillos y dulces por la Avenida Oriental, vestida de hada madrina, Blancanieves o novia. Sus largos trajes se arrastran por estas calles sucias de polvo, barro y sangre. Al pasar, deja su estela de actriz de atrio de iglesia, sin importar el humo envenenado que expelen los buses. Cada domingo, con frío o calor, poco importa, el sucio atrio gris de la Catedral Metropolitana se convierte en un palco para contemplar el show de Danny. La cigarrera y vendedora de dulces se convierte en actriz, libretista y cantante.

Orlando Arroyave, "La última hada", *Universo Centro* 21, 2011.

La barca de los locos

Sorprendería que fueran tan desconocidos, aunque no en las viejas salas de Medellín, pues en todas los conocen. Pero su verdadero espacio es la calle. Y especialmente el Parque Bolívar, su escenario de los jueves, donde se han presentado durante veinte años. Los veo llegar con las maletas cargadas de utilería, no mucha, como para un viaje corto. Parecen inofensivos, cuerdos, nada raro en apariencia salvo por la pañoleta en el cuello de Bernardo Ángel. Ellos dos son La barca de los locos, un grupo de teatro anarquista, místico, callejero, que ha mantenido la pureza en su marginalidad durante tres décadas.

Mauricio Hoyos, “Palabras de fuego: El teatro anarquista de La Barca de los Locos”, *Universo Centro* 34, 2012.

Palacio y Estancia

“Esta casa es un sobrado de rico. Ahora son los pobres los que viven aquí. Bueno, pobres pero distinguidos, porque degenerados no hay. Los viejitos no pueden entrar después de las diez de la noche”, se excusa Octavio al abrir un ventanal azul y apolillado, el mismo que hace 138 años abrió Pastor Restrepo para tomar la famosa foto.

De la casa no se conoce el año exacto en que comenzó a construirse. Casi todas las referencias bibliográficas dicen que fue entre 1860 y 1862 que Pastor mandó a levantar la mansión —ahora ruinoso y de milagro en pie sobre la esquina de la calle Caracas con la carrera Venezuela—, en aquel momento la primera de tres pisos en Medellín. El diseñador fue Juan Lalinde Lema, suegro de Pastor, primer arquitecto antioqueño con diploma, según reseña Luis Fernando Molina en *Fotografía de la arquitectura en Medellín*. Y era tal la imponencia de la estructura, en cuya fachada sobresalían catorce ventanas, que el arquitecto francés Le Corbusier, en una visita que hizo a Medellín, dijo con asombro que aquella era la mejor edificación que tenía la ciudad.

El patio que construyó Pastor hoy es restaurante, bar y bailadero. De almuerzo, los comensales tienen a disposición asadura, albóndiga, chicharrón u oreja por una tercera parte del precio que cuesta en promedio un menú ejecutivo. Hasta la década del ochenta La Estancia tuvo una fama tal, que la gente hacía filas de dos cuadras para conseguir un asiento. En sus mejores tiempos despachaba cerca de mil almuerzos diarios, según la constancia de su registradora.

En 2006, donde ahora funciona el inquilinato no había nada. El día que Octavio tomó la casa en arriendo encontró los pasillos y las escaleras tupidas de maleza y telarañas. Aún se ven ventanas cerradas para siempre con ladrillos y cemento. La única casa de verdadero “estilo” del siglo XIX — como afirman algunos arquitectos — conserva, sin embargo, las mansardas, los acabados, los pisos, algunos marcos y, en general, muchos de sus detalles decorativos. La madera y el hierro forjado parecen ser los originales, pese al desgaste, a las capas de polvo, a los bichos y al olvido.

A sus 66 años, Octavio no sabe qué pasará con la casa. “El gobierno se llena la boca diciendo que esto es patrimonio, pero nunca le han invertido un peso”. Por ahora sabe que el candado se cierra a las diez de la noche. Y después de eso, por muy adultos que sean los inquilinos, nadie entra.





UNIVERSOCENTRO



Alcaldía de Medellín



Medellín
todos por la vida